

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

**DIVISION DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA**

POSGRADO EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS

Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

TESINA

ESPACIO URBANO Y CULTURA JUVENIL

EN LA CIUDAD DE PUEBLA

que para obtener el grado de Maestro en Ciencias Antropológicas presenta

Eduardo González Castillo

Director: Dr. Eduardo Nivón Bolán

Lectoras:

Dra. Mariana Portal Ariosa

Dra. Nancy Ellen Churchill Conner

Septiembre de 2003

TABLA DE CONTENIDOS

1 PRESENTACIÓN	2
2 CULTURA POPULAR Y ESPACIO URBANO EN LA CIUDAD DE PUEBLA.....	4
3 LA CIUDAD DE PUEBLA.....	8
3.1 Origen y desarrollo de la ciudad de Puebla	10
3.1.1 <i>Los primeros años</i>	10
3.1.2 <i>Puebla y el México independiente</i>	12
3.1.3 <i>La masificación de la urbe</i>	18
3.1.3.1 <u>El proceso de industrialización</u>	20
3.1.3.2 <u>La reactivación del mercado inmobiliario</u>	22
3.1.3.3 <u>Las transformaciones políticas e institucionales</u>	25
3.1.3.4 <u>La reorganización del comercio urbano</u>	28
3.1.3.5 <u>Nuevos espacios, nuevos mercados, nuevas culturas</u>	30
3.1.4 <i>La ciudad en nuestros días</i>	33
4 MARCO TEÓRICO.....	36
4.1 Globalización	37
4.2 La producción del espacio	44
4.3 Las culturas populares como culturas de clase	46
4.3.1 <i>Cultura popular, práctica y espacio</i>	53
4.4 Culturas juveniles	57
4.4.1 <i>Culturas juveniles, espacio urbano y globalización</i>	58
5 NOTA FINAL	61
Figura 1	63
Figura 2	64
Figura 3	65
6 BIBLIOGRAFÍA	66

PRESENTACIÓN

Esta tesina es la primera parte teórica de una investigación sobre espacio urbano y cultura popular en la ciudad de Puebla. El objetivo general de todo el trabajo es hacer más claro y detallado el “*mapa cognitivo*” de la cultura popular urbana, por lo que intentaré aproximarme a la ciudad eclipsada por el dominio que la cultura de las elites poblanas tiene sobre la representación de lo público/urbano.

Intentaré esclarecer cómo, dentro de la ciudad de Puebla, los habitantes de sus colonias participan en la constitución y reproducción del *espacio urbano*. Con este último término me refiero no sólo al espacio físico como tal sino también al conjunto de factores culturales que en la ciudad se desenvuelven en tanto espacio de vida. Me centraré, principalmente, en las actividades vinculadas al ocio y desarrolladas por jóvenes de la clase trabajadora.

Apuntalo este trabajo en las ideas de Frederic Jameson (JAMESON, 1991: 113), para quien “todo modelo de cultura política” que busque “adaptarse a nuestras actuales circunstancias, ha de presentar necesariamente las cuestiones espaciales como su preocupación estructural fundamental”. Lo que deviene en la necesidad de elaborar “mapas” cuyo objetivo sea “devolver a los sujetos concretos una representación renovada y superior de su lugar en el sistema global” (*Ibidem*: 120)

El trabajo de mapeo a realizar aquí no ha de pasar por alto, de este modo, la inserción del conjunto social estudiado dentro de las relaciones que a escala planetaria determinan en la actualidad muchas de sus características. Por ello, esta “cartografía cultural” nos mostrará la cultura local urbana que ha aparecido dentro de la lógica del capitalismo global –según es vivido, por supuesto, en las sociedades latinoamericanas-, a la vez que nos permitirá formular una explicación de cómo, desde la perspectiva de las clases trabajadoras, los procesos macroeconómicos (y, también, macroculturales) se adaptan a las experiencias locales y posibilitan la existencia de una cultura propia y singular al interior y como parte de un proceso sociocultural que sobrepasa el ámbito de lo local.

Esta tesina contiene tres apartados. En el primero el lector encontrará una breve descripción de la problemática a estudiar. En el segundo desarrollaré una revisión histórica de cómo el espacio urbano poblano se ha conformado desde su fundación hasta la actualidad; por último, en el tercero exploraré los principales conceptos teóricos en que se fundamenta este trabajo: *globalización*, *espacio* (social e urbano), *cultura popular* y *juventud*.

Finalmente, no como conclusión, sino a manera comentario final, presentaré unas cuantas notas sobre lo aquí planteado y sobre el trabajo a realizar para el desarrollo futuro de la investigación.

CULTURA POPULAR Y ESPACIO URBANO EN LA CIUDAD DE PUEBLA

Durante el mes de junio de este año (2003) el ayuntamiento de la ciudad de Puebla subsidió – con objetivos claramente electorales¹ – la realización de diversos bailes dentro de algunas colonias populares de la ciudad. La oferta musical incluía a grupos de fama nacional (como *Los Vázquez*) y a algunos otros con cierto éxito local (como *Los Marios*). La peculiaridad de esta acción gubernamental consistió en que por primera vez los poderes municipales alentaban abiertamente la realización de bailes populares a media calle y dentro de colonias regularmente consideradas como “peligrosas”. Los responsables de dichos bailes continuamente evidenciaban el temor que les inspiraba estar en barrios “de vándalos y pandilleros”. Así, no dejaban de alentar a la gente para que mostrara que sabía “como comportarse” y se decían complacidos por la “buena conducta” mantenida por los asistentes.

El recelo de los servidores públicos contra los habitantes de las colonias que entonces visitaban era una manifestación entre muchas de los prejuicios y las problemáticas que, en torno a los barrios populares, se han desarrollado desde su aparición. A partir del establecimiento del INFONAVIT en Puebla, por ejemplo, la caracterización predominante (es decir, la más difundida por los medios de comunicación masiva y las acciones gubernamentales) de sus unidades habitacionales ha incluido palabras como “asalto”, “vandalismo”, y otras de esa índole. Colonias como Amalucan, Rivera Anaya, Bosques de San Sebastián o La Margarita se convirtieron desde inicios de los ochenta en depositarias de los prejuicios que contra los representantes de la pobreza urbana dirigían los grupos dominantes.

La desconfianza de los agentes del ayuntamiento contrastaba, durante los bailes mencionados, con la tranquilidad con que, a media calle o sobre la acera, los asistentes disfrutaban del espectáculo. Sin duda, el festejo y la diversión callejeros son ya cotidianos entre algunos integrantes de las clases populares urbanas. Hay que enfatizar, además, que aquí la palabra “callejero” tiene un sentido casi literal, pues no hace alusión a un espacio público diseñado específicamente para la realización de cualesquiera actividades de diversión, sino *a la calle como tal*, a los espacios públicos que, diseñados para el tránsito de vehículos y personas, se han adaptado ya a otro tipo de usos.

Las clases populares, puede decirse, ocupan ahora las calles y aunque este hecho no ha resultado de un cálculo político por parte de sus ejecutores, sus implicaciones con respecto a

¹ Recuérdese que el seis de julio se realizarían elecciones federales.

las relaciones de poder dentro de la ciudad merecen un atento examen. Desde luego, la ocupación popular de las calles no es un fenómeno nuevo. Las fiestas religiosas y otro tipo de actividades populares -como el comercio ambulante- han sido una constante dentro de la historia de la ciudad de Puebla (como veremos más adelante). *La característica distintiva de la situación actual es, precisamente, que la progresiva ausencia de espacios públicos más adecuados ha convertido a las calles en un espacio central –que no único- en la reproducción y reinención de las culturas populares.* La calle es ahora pista de baile, cancha de juego, espacio circense o bar improvisado.

La intensificación de los usos populares de los espacios “de circulación” ha sido concomitante a la progresiva expansión de la ciudad de Puebla. La continua pérdida (o la simple ausencia) de espacios públicos diseñados *ex profeso* para sus actividades de esparcimiento, ha obligado a las clases populares a *refuncionalizar* lo que de lo público les es todavía accesible. Los espacios de esparcimiento colectivo desaparecen: entre las colonias de Amalucan y Bosques de San Sebastián, por ejemplo, existió hasta mediados de los años noventa un enorme terreno que contenía alrededor de 25 canchas de fútbol y béisbol (además de un pequeño bosque de coníferas en que los obreros de la zona realizaban sus *días de campo* dominicales). En la actualidad el bosque se ha convertido en un club deportivo privado; además de que un templo mormón, un conjunto habitacional, un supermercado SORIANA y una gasolinera han cercado (y desaparecido) las canchas en que durante casi dos décadas los habitantes de la zona (y de otras partes de la ciudad) ejercían sus actividades recreativas.

La pérdida de espacios públicos ha ocurrido también al nivel de las pequeñas placitas y jardines, que a veces son anexadas (mediante rejas o bardas) a las casas de los particulares con más posibilidades económicas. Este despojo “a pequeña escala” no representa, sin embargo, un hecho desconectado del conjunto del proceso expansivo de la ciudad, que, como se verá después, tiene en el aumento del valor del suelo uno de sus principales motores. Los diferentes integrantes de las clases populares actúan de diversos modos en este contexto, aunque todos ellos, de una manera y otra, están inmersos en la actualidad en los conflictos y negociaciones que implica la definición de los usos y las características del espacio urbano.

La gama de actividades populares desarrolladas dentro del espacio público urbano no se reduce, desde luego, a las de los jóvenes, pero, por cuestiones prácticas, nos limitaremos en este trabajo a éstas. Veamos dos ejemplos.

Desde finales de los años setentas la ciudad se ha plagado de agrupaciones juveniles que, a partir de un conocimiento musical no académico, han conformado “rondallas”, esto es, grupos musicales que con instrumentos de cuerda (guitarras, requintos, contrabajos, etc.) interpretan música “romántica”. Los “rondalleros” se reúnen por las noches en las calles de la ciudad, y en espacios como explanadas o patios caseros ensayan canciones que en serenatas u otro tipo de ocasiones interpretan por dinero o de manera gratuita. Las rondallas son particularmente abundantes en las colonias populares. En algunas de ellas puede uno encontrar hasta cinco, y, muy independientemente de la calidad de sus interpretaciones, su existencia permite el desenvolvimiento de una expresividad urbana compartida por amplios sectores de las clases populares.

Existen días especiales para estas agrupaciones musicales. En la madrugada de los días 12 de diciembre, por ejemplo, jóvenes “enguitarrados” recorren las calles de la ciudad para dar serenata a las “lupitas” que conocen y a los altares que, en honor a la virgen de Guadalupe, existen en toda la ciudad. El 14 de febrero la noche urbana se convierte para estos grupos en un continuo trajín de instrumentos entre calles que, como cajas de resonancia, expanden las reverberaciones de su música. En las fiestas de “quiceaños” y en el día “de las madres”, por ejemplo, el servicio de las rondallas es altamente valorado.

La cuestión que en este trabajo nos incumbe es saber cómo encajan estas actividades musicales dentro de los procesos de reproducción del espacio urbano. Aunque por lo regular este tipo de prácticas culturales juveniles han sido hechas a un lado por los investigadores de la juventud mexicana para privilegiar el estudio de fenómenos más “contraculturales” -o más arquetípicamente juveniles (el graffiti, el rock...); creo, por el contrario, que una aproximación antropológica a este tipo de cultura juvenil puede aportar información sustanciosa no sólo sobre lo que concierne a los jóvenes en sí, sino también sobre la cuestión del espacio urbano.

El de los sonideros es, en este sentido, otro caso que vale la pena mencionar. Éstos organizan bailes en la vía pública y para ello amontonan en las calles pesados cajones de sonido y torres de luces, que transforman el ambiente urbano nocturno en una sucesión sonora de graves poderosos y voces entrecortadas. Los sonideros ejercen una adaptación radical del espacio urbano, pues no sólo favorecen su utilización colectiva, sino también su aprehensión mnemotécnica gracias a la continua audiograbación y difusión de sus bailes. El baile sonidero, de este modo, configura con cada una de las calles y espacios urbanos en que se presenta el bagaje cultural de una historia popular particular dentro del espacio urbano.

El medio sonidero parece haber aparecido como un sustituto de los salones de baile populares y de los grupos musicales; ello no sólo por la relativa escasez de ese tipo de espacios dentro del creciente espacio urbano, sino también porque el medio sonidero impulsa una nueva modalidad en el consumo popular de la música “tropical”. Modalidad que, apuntalada en el acceso a cierta tecnología, permite a los asistentes a los bailes no sólo participar de manera activa en la programación del festejo (es decir, en la definición de lo que se ha de oír y bailar), sino también colaborar de manera directa en su difusión y organización.

El acercamiento a este tipo prácticas culturales no se puede llevar a cabo sin conocer el contexto histórico en que han emergido, es decir, sonideros y rondallas –entre otras prácticas a rastrear- se han desarrollado a partir de un conjunto de precedentes históricos que los han hecho posibles. Por ello antes de presentar el conjunto de discusiones y conceptos teóricos en que se fundamenta esta investigación considero necesario revisar brevemente el desarrollo histórico de la ciudad de Puebla, desde sus inicios hasta la actualidad. En este sentido, considero que el “mapeo” cultural que me he propuesto realizar no debe pasar por alto el aspecto diacrónico de la problemática. Parafraseando a Ulf Hannertz, puedo decir que busco explorar la ciudad para aprehender espacial e históricamente prácticas culturales como las arriba descritas.

Revisemos, entonces, la historia de la Puebla de los ángeles, de los demonios y de los profanos.

LA CIUDAD DE PUEBLA

Durante la segunda mitad del siglo XX la capital poblana experimentó un acelerado proceso de expansión urbana y reorganización económica. Si bien la etapa suprema de dicho crecimiento ocurrió durante los años sesenta y los ochenta (en 1985 la ciudad prácticamente duplicó el tamaño que había mantenido hasta la primera mitad de ese siglo), la aparición de nuevas colonias y, en general, la transformación de la urbe no se ha detenido hasta nuestros días.

Este proceso fue parte de un conjunto de transformaciones de escala continental, pues a partir de la tercera década del siglo XX aparecieron grandes concentraciones urbanas en países como Brasil, Chile Perú, Venezuela y México, entre otros (CUNILL, 1995: 164-185). Una importante causa de la urbanización de estos países -sugiere Castells (1977: 49-78)- ha sido la descomposición de sus economías rurales y la consecuente migración de una masa “de población desempleada y que no desempeña función específica” hacia las ciudades (p. 60).

El desmoronamiento de la “la sociedad rural” dentro del continente ha sido consecuencia, entre otros factores, de la progresiva industrialización de éste (que sacrifica el campo ante las necesidades industriales) y del paralelo empobrecimiento del agro. Esta situación, sin embargo, no se ha traducido tanto en la emergencia de un “proletariado urbano” como en la subordinación de las economías nacionales a los requerimientos de las actividades industriales. De modo paralelo a lo anterior las economías urbanas subdesarrolladas se han “terciarizado” debido a la proliferación, a su interior, de actividades comerciales y de servicios.

La industria latinoamericana creció a costa de las guerras mundiales. Como es sabido, los conflictos internacionales estimularon el desarrollo de un sector secundario que, desde los países del “tercer mundo”, proveía a las potencias en conflicto de los bienes desplazados por la producción de armamento. Esto ocasionó un incipiente proceso de sustitución de importaciones que permitió a los países latinoamericanos abastecer sus propios mercados internos. Después de la segunda guerra mundial, las grandes empresas europeas y norteamericanas dirigieron su atención hacia los países “subdesarrollados” en un intento por acelerar el ciclo reproductivo de sus capitales. (véase CUNILL, *Op. cit.*) En este momento las incipientes industrias nacionales de las economías dependientes cedieron su lugar a los capitales industriales extranjeros.

En el caso de Puebla, los cambios económicos ocurridos incluyen la configuración de la Zona Metropolitana de la Ciudad de Puebla; la “terciarización” (formal e informal) de la economía, y el incremento de la población en edad de trabajo. La urbanización, asimismo, se ha manifestado en la relativa disminución del uso habitacional del centro de la ciudad -que ciertamente, ha afectado principalmente a las clases populares (véase PATIÑO, 2002: 162-165)-; la construcción de una amplia infraestructura vial y de servicios; la aparición de nuevas colonias mediante distintas formas de producción del espacio urbano, y la diversificación cultural de los habitantes de la urbe².

Una pauta ordenadora de la expansión urbana en Puebla ha sido la condición de clase de quienes ocupan (y crean) sus nuevas calles y colonias. La aparición de distintos fraccionamientos y unidades habitacionales ha ocurrido a la manera de una expansión espacial de las diferencias socioeconómicas de los poblanos: las colonias residenciales (algunas más que ostentosas -como el flamante fraccionamiento “La vista”) y los barrios pobres -muchas veces autoconstruidos- operan, de este modo, como una manifestación concreta (material y visible) de las diferentes posiciones dentro de la organización social del trabajo en la sociedad poblana³. La ciudad ha crecido como un panal en el que las obreras, los zánganos y las reinas tienen sus sitios específicos.

Esta configuración jerárquica de la urbe poblana no es un fenómeno reciente. Como veremos en el siguiente apartado, la historia de la ciudad incluye, desde su fundación, continuos reordenamientos jerárquicos y segregacionistas del espacio. Lo que convierte a la Puebla angelopolitana en la arena y, al mismo tiempo, el objeto de una lucha entre sus diversos habitantes por definir el marco urbano de desenvolvimiento de las prácticas.

² Respecto al crecimiento de la población del municipio, véase las ediciones 1996 y 2001 del *Cuaderno estadístico municipal* de Puebla (INEGI). Las consecuencias de la industrialización pueden ser consultadas en Manlio Barbosa Cano *El Crecimiento industrial del estado de Puebla. Caracteres económicos e implicaciones sociales en cien años de industrialización*; INAH, México, 1993; del mismo autor, “Puebla y su zona metropolitana en el proceso de megalopolización del centro del país, en revista *Crítica*, núm. 28, UAP, 1984; Patrice Melé *Puebla: urbanización y políticas urbanas*, BUAP-UAM, Puebla, 1994 (capítulos IV y V) –el capítulo VI de este trabajo contiene información valiosa sobre la expansión espacial de la ciudad; de este autor, véase también “Crecimiento urbano, ilegalidad y poderes locales en la ciudad de Puebla”, en revista *Estudios demográficos y urbanos 11*, vol. 4, núm. 2, mayo-agosto, COLMEX, 1984; Eloy Méndez *La conformación de la ciudad de Puebla*, UAP, Puebla, 1987 (capítulo III). Además, sobre las transformaciones comerciales ocurridas durante el periodo referido, consúltense Guadalupe María Milián Ávila *La modernización sistémica. La desconcentración comercial en la ciudad de Puebla*, BUAP, Puebla, 1994 (capítulos 6-10).

³ El carácter segregador del espacio urbano poblano data de la época colonial, véase, al respecto, el trabajo de Fausto Marín *Puebla de los Ángeles. Orígenes, gobierno y división racial*, Departamento de Investigaciones Arquitectónicas y Urbanísticas /Instituto de Ciencias /BUAP, Puebla, 1989.

3.1 Origen y desarrollo de la ciudad de Puebla.

3.1.1 *Los primeros años*

La localidad de Puebla de los Ángeles fue fundada en 1531 y obtuvo el título de ciudad en 1532 (MELÉ; 1994: 13). Promovida por el obispado de Tlaxcala, la ciudad se fundó con la idea de crear un asentamiento mayoritariamente español dentro una zona densamente poblada por indígenas (en tiempos prehispánicos, además de algunos poblados tributarios de los aztecas, el valle de Puebla-Tlaxcala estaba dividido entre los señoríos de Huexotzinco, Cholollan y Tlaxcallan –LOMELÍ, 2001: 40). La ciudad fue erigida para que fungiera como sede del poder que los españoles ejercían sobre las comunidades indias de la región y como un punto de tránsito dentro de la ruta comercial México-Veracruz.

Según Eloy Méndez, de acuerdo con la tipología elaborada por Jorge Hardoy para clasificar los distintos tipos de ciudades novohispanas, la angelópolis fue construida en concordancia con el tipo “clásico” por su trazado en damero o cuadrícula (con cuadras de 167 x 83.5 m); por la edificación de una plaza mayor y de los principales edificios en torno a ésta; por la construcción de arcadas, y por la presencia diseminada de iglesias con plazuelas (MÉNDEZ, 1987: 19).

Esta disposición del espacio urbano realiza, a decir de Elsa Patiño Tovar (PATIÑO, 2002: 32-41), algunos de los principales postulados arquitectónicos (regularidad, geometría) que el renacimiento europeo desarrolla a mediados del milenio. Lo que, puede decirse, otorga a muchas ciudades de América una posición muy cercana –al menos en el momento de su diseño y concepción- a los proyectos utópicos de pensadores como Leone Battista Alberti y Thomas More. Se trata, sin embargo, de “un espacio social, supuestamente concebido para el ejercicio de la libertad y la igualdad, conteniendo relaciones sociales por demás autoritarias, discriminatorias y excluyentes” (*Ibidem*: 40).

La mano de obra necesaria para la construcción de la ciudad fue traída de los poblados indígenas adyacentes. Las familias trasladadas formaron barrios (fig. 1) en terrenos llamados “propios” o “términos” que estaban ubicados en torno a la ciudad española. Ésta, de acuerdo con Fausto Marín, era conocida como la *traza* de la ciudad colonial y en la actualidad corresponde a lo que ha sido delimitado como el centro histórico de la ciudad de Puebla (BARBOSA; 1988: 44,45).

La ciudad plasmó las diferencias de casta entre españoles e indígenas ubicando a éstos últimos (que provenían, en su mayoría, de Tlaxcala, Cholula y Huejotzingo –MARÍN, 1989:

66-72) en espacios específicos y prohibiéndoles el traslado legalmente injustificado hacia el área española (*Ibidem*: capítulo V). Aparecieron así, al norte este y oeste de la ciudad, los barrios indios de San Francisco, Analco, Santiago, San Sebastián, San Pablo de los Naturales, San Miguel y San Antonio. (Al sur se encontraban los latifundios asignados a los españoles por la Corona)

El afianzamiento de la ciudad, de este modo, implicó la renuncia a su génesis utópica. El ideal de igualdad fue sustituido en corto tiempo por la búsqueda de lucro y privilegios. La exención de impuestos, el establecimiento de encomiendas y la repartición de grandes extensiones de tierras fueron algunas de las medidas que, tomadas por la Corona para consolidar el asentamiento, sentaron las bases de un orden social dividido racial y económicamente. “Son entonces, los pasos que se van dando en la perspectiva de afianzar una utópica república igualitaria en lo social y sostenible en lo económico, los que van creando obstáculos para llegar a ella” (PATIÑO, 2002: 50,51, véase también, desde luego, la obra de MARÍN, 1989).

No obstante su carácter segregacionista, Puebla contó durante la colonia con espacios en donde podían convivir los diversos grupos de la sociedad. El principal de éstos era el Zócalo, pues ahí se realizaba el tianguis en el que, aunque sólo se permitía vender a los indígenas, todas las castas podían participar como consumidoras. El tianguis poblano, en este sentido, posibilitaba la “integración social”, pues “el espacio para el abasto de alimentos básicos era multisocial” (MILIÁN, 1994: 44). Aunque los españoles participaban en el comercio desde los portales de la plaza principal -lo que, ciertamente, reproducía las diferencias sociales en el uso del espacio-, ello no impedía el desarrollo del tianguis como espacio de encuentro intercultural. En este sentido, el mercado poblano confirma la visión de Celia Salazar Exaire, quien escribe:

La ciudad novohispana representa un espacio multicultural en que el poder que domina no anula la fuerza liberadora de la existencia individual de las personas que pertenecen a diferentes grupos sociales, permitiendo, de esta forma, la convivencia a pesar de las situaciones de conflicto que general la acomodación del espacio social que autoritariamente les es asignado (SALAZAR, 2001: 317)

Puesto que la ciudad fue edificada con el objetivo económico de crear un centro abastecedor de granos para la ciudad de México, la economía colonial poblana estuvo

ampliamente basada en la agricultura y la ganadería (LOMELÍ, 2001: 73,74). En un principio, mediante la encomienda y el repartimiento y, posteriormente, a través de mercedes reales, los españoles desarrollaron, al igual que los indígenas en sus tierras comunales, una explotación intensa de sus terrenos, misma que prolongó el auge económico de la región hasta mediados del siglo XVII (*Ibidem*: 73-79).

Leonardo Lomelí Vanegas destaca como el hecho más significativo de dicho siglo la aparición de los obrajes textiles, que colocaron a Puebla en una posición descollante no sólo dentro de la Nueva España, sino también dentro del conjunto de las colonias españolas en América, pues sus productos llegaban hasta el Virreinato del Perú (*Ibidem*: 77-78). Esta manufactura, como veremos más adelante, permanecería por mucho tiempo ligada al desarrollo de la economía poblana.

El apogeo económico poblano terminó a finales del siglo XVII; la ciudad entró entonces en una etapa de relativa decadencia. “La crisis –apunta Guadalupe Milián- se debió principalmente a que esta región, por su situación de lejanía geográfica, no estuvo en condiciones de incorporarse al auge minero de la región constituida por Guanajuato, Zacatecas y San Luis Potosí” (MILIÁN, 1994: 47). Otras causas fueron (véase LOMELÍ, 2001: 101-103):

- a) el desarrollo de otras zonas agrícolas del país, cuyos productos -en especial los provenientes del Bajío- compitieron con los poblanos en el mercado abastecedor de la ciudad de México;
- b) el decremento de la producción agrícola del valle, cuyos suelos se agotaron debido a la sobreexplotación, y
- c) la creación de la feria de Jalapa (1722), que poco a poco debilitó la posición privilegiada de la ciudad de Puebla dentro de la ruta comercial México-Veracruz.

Estimulada antaño por las continuas inundaciones que agobiaban a la ciudad de México y por el éxito de la economía poblana, la vieja aspiración de convertir la angelópolis en la capital alterna de la Nueva España se desvanece paulatinamente entre los grupos dominantes ante la decadencia económica de la región.

3.1.2 Puebla y el México independiente

La recuperación económica de la ciudad ocurriría hasta el final siglo XIX y los comienzos del XX, durante el Porfiriato. Entonces el mejoramiento de las vías de comunicación (carreteras, ferrocarril) y el apoyo “incondicional a los intereses de los inversionistas

nacionales y extranjeros” (*Ibidem*: 278) dieron lugar a un nuevo periodo de crecimiento de la industria poblana y del comercio. La producción textil modernizó su maquinaria y reestructuró (o hizo desaparecer), de este modo, el conjunto de oficios de origen colonial cuyo desarrollo había alentado (MILIÁN, 1994: 47, 48)

Durante este periodo florecieron nuevos tipos de establecimientos en lo que a partir de entonces comenzó a convertirse en el centro de la ciudad. Los giros comerciales, además, se diversificaron. Surgió entonces un incipiente mercado “moderno” (asociado, en parte, a capitales extranjeros) pues “a las tradicionales tiendas de telas, ropa o calzado se añadieron agencias de publicaciones, que ponían a disposición de los lectores poblanos las últimas novedades editadas en Barcelona, ya desde entonces próspero centro editorial” (LOMELÍ, 2001: 280).

Los modernos establecimientos “de corte europeo” redibujaron el aspecto decimonónico de la traza. Aparecieron entonces casas comerciales como La ciudad de México, La sorpresa, El Puerto de Liverpool, Las Fábricas de Francia, El nuevo siglo, Au bon mouche y La parisienne (MILIÁN, 1994: 56). La modernización arquitectónica del centro, que estrenó, entre otras edificaciones, palacio municipal y penitenciaría, se coronó durante el porfiriato con la versión poblana del Paseo de la Reforma, a saber, la Avenida Juárez (1903), que paulatinamente fue rodeada, en su parte más cercana a la ciudad, por “importantes residencias” de arquitectura vanguardista (MELÉ; 1994: 121).

Se reconfirmó entonces el carácter segregado del espacio urbano. El patrón discriminatorio basado en lo étnico y racial -distintivo de la colonia- fue sustituido (o actualizado) por los estándares culturales que las aspiraciones modernas imponían a las clases acaudaladas. La ideología positivista y el “afrancesamiento” de la cultura dominante promovieron una “ciudad jardín” higiénica y moderna (MONTERO, 2002: 13-84) e intentaron dar un carácter más secular al espacio urbano (la ciudad deja de ser “de los ángeles” y deviene “de Zaragoza”), lo que colocó a las diferencias de clase (económicas y culturales) como el principio estructurador del uso social del espacio urbano.

A partir de entonces, por ejemplo, a las actividades comerciales del centro de la ciudad (y a su carácter indígena y, a la vez, “multisocial”) se opuso un proyecto de modernización comercial que enarbolaba la “especialización” de las diferencias sociales. De este modo

... queda signada, para esta época, la consolidación de la diferenciación social en la comercialización: una zona comercial para la venta de mercancía extranjera situada

en los portales y en las calles más próximas a la plaza destinada a las clases acomodadas; y una zona de comercialización popular situada alrededor del mercado La Victoria y del Parián en la cual se encontraban los productos de la región (MILIÁN, 1994: 56)

Los usos populares del espacio urbano fueron reprimidos y normados en nombre de la “regeneración moral de nuestros pueblos” (véase ESTRADA, 2001:336). La venta callejera de comida, las corridas de toros, el consumo del pulque y el comercio ambulante fueron excluidos de las partes céntricas de la ciudad (*Ibidem*: 334-349), lo que respondió al intento de “propiciar, para los grupos dominantes, el uso irrestricto, social y económicamente rentable de los espacios urbanos más cualificados” (MILIÁN, 1994: 60).

En el caso, por ejemplo, de los figones –que eran establecimientos donde se vendía comida a bajo precio-, un reglamento elaborado en la época establecía un área céntrica en la que no debían ubicarse, aunque sí se permitía, dentro de ésta, la presencia de restaurantes y fondas – asociados a consumidores de clase media y alta (MONTERO, 2002: 21,22)

La zona norte de la ciudad devino en espacio renegado⁴. Se instauró ahí, en 1905, el que durante gran parte del siglo sería el principal bastión del comercio popular -el mercado La Victoria. Además, dentro de esta misma zona, en el barrio de San Antonio, los poderes públicos definieron el área en que la prostitución habría de ejercerse una vez que fuera proscrita del resto de la ciudad (donde anteriormente podía ejercerse siempre y cuando se respetara un amplio radio de exclusión –ESTRADA, 2001: 339-350).

El cuadrante norte del centro de la ciudad (Fig. 2) permanecería hasta bien entrados los años setentas como una zona distintiva de las clases populares y de las zonas más indignas de la ciudad. Incluso para muchas familias pobres que no vivían en esa parte de la ciudad era importante resaltar, en las conversaciones en que fuera pertinente, que no procedían de la parte más denigrada del centro histórico.

Lo cierto es que, a mediados de siglo, los habitantes más necesitados y muchas de las vecindades que en las viejas casonas del centro se habían formado –a raíz del abandono de

⁴ El carácter “popular” del área norte del centro histórico de la ciudad, como lo sugiere Mireya Viladevall, podría estar vinculado a los usos que, desde tiempos coloniales estaban asociados a esta parte de la ciudad. Viladevall (*Puebla, el zócalo y otros espacios comerciales...* p. 51) sugiere la posible existencia colonial de algo así como una Plaza principal indígena dentro de esta zona: “en la Ciudad de Puebla cabe decirse que además de la Catedral que se encuentra en el lado sur del zócalo, existe sobre al 2 norte la iglesia de San José la cual dispone de atrio y de una zona ajardinada oblonga repitiendo a otra escala el esquema espacial del zócalo y la catedral. Dicha iglesia es conocida popularmente como la Catedral de los indígenas. Ella se encuentra en el centro de un barrio, lo que nos hace pensar en la posibilidad de que así funcionara en tiempos coloniales”

sus propietarios-, se encontraban, mayoritariamente, en los dos cuadrantes septentrionales de la traza urbana –en particular, en la noreste (BARBOSA; 1988: 46-48). Muchas de estas vecindades carecían de servicios básicos y no contaban –o, al menos, no de manera suficiente- con el equipamiento colectivo que comúnmente se asocia con este tipo de viviendas (baños públicos, lavaderos compartidos–véase *Ibidem* y MARROQUÍN, 1985: 107)

A esta ocupación popular del centro histórico correspondió cierto deterioro físico del mismo. Lo que ocurrió no tanto por la presencia de las clases trabajadoras y el despliegue de sus usos, sino por el abandono en que, en términos de servicios y equipamiento, los poderes locales políticos y económicos –íntimamente asociados- colocaron a esta área de la ciudad desde el momento en que dejó de ser (al menos, en algunas de sus partes) importante para sus intereses (véase PATIÑO, 2002: 89-95). Al estigma urbano, como clasificación cultural, correspondió la negligencia administrativa como acto.

En este sentido, hegemónica durante varias décadas, la percepción porfirista de la ciudad popular coincide, sorprendentemente, con los temores que, en la actualidad, Julio Glockner expresa al escribir:

La suave desaparición de la luz en el atardecer introduce lentamente a la ciudad en un letargo. Sus ritmos languidecen a medida que la noche invade la calle. La oscuridad se encharca en los barrios pobres, en los callejones, los parques olvidados y los zaguanes de las vecindades. Los espacios negros se vuelven inseguros, no se sabe qué contienen, pueden ocultar un beso o un cuchillo y en su inmensa profundidad tal vez se derramen el semen o la sangre (citado en BARBOSA; 1988: 49)

Lo que seguro se derramaba era sudor. La modernización textil de comienzos de siglo no se tradujo en un incremento de empleos, antes bien -como ya se apuntó arriba- desarticuló parcialmente el conjunto de trabajos que estaban asociados a la producción de telas. En este contexto, muchos de los desempleados resultantes se incorporaron al ya existente comercio popular, lo que incrementó significativamente las “huestes” del ambulante (MILIÁN, 1994: 53). El problema del desempleo se agravó, además, con el crecimiento de la población urbana, que después de haber permanecido relativamente estancada llegó a los 100 000 habitantes en 1900 (LOMELÍ, 2001: 282).

Así, rebautizada por los liberales en el poder, Puebla de Zaragoza –que hasta finales del siglo XIX había crecido muy poco en comparación con sus dimensiones coloniales- densificó sus espacios internos y se expandió lentamente hacia el poniente de su periferia inmediata (por el cerro de San Juan y la penitenciaría –*Ibídem*). Aparecieron, además, en las dos primeras décadas del siglo, las primeras colonias “no-céntricas”: Ignacio Zaragoza (1879), Pensador Mexicano (1884), Azcárate (1914), Humboldt, (1914), Amor (1915), El Carmen (1918) y Lorenzo Osorio (1918) –(véase MONTERO, 2002: 28-39). Asimismo, y pese a altibajos, el crecimiento industrial de la ciudad no se detuvo -incluso durante la revolución-, hecho favorecido en gran medida por el perfeccionamiento regional de las vías de comunicación (BARBOSA; 1993; MONTERO, 2002: 49).

Por esos años llegó a Puebla, en calidad de patrón textil y como cónsul de los Estados Unidos, William O. Jenkins, quien, gracias a sus vínculos con el empresariado local y el gobierno norteamericano, se convirtió rápidamente en uno de los principales impulsores del desarrollo capitalista de la ciudad. Durante los años treinta, este empresario invirtió tanto en el desarrollo de salas cinematográficas (al lado de Manuel Espinosa Yglesias) como en la industria del azúcar (ingenio de Atencingo). Asimismo se involucró -junto con empresarios como el Italiano Carlos Mastretta, cónsul de Italia- en el mercado de bienes raíces de la ciudad. A partir de los cincuenta Jenkins realizaría esta actividad, de manera un tanto velada, a través de la Junta de Mejoramiento Moral Cívico y Material de la ciudad -JMMCM (sobre la intervención de Jenkins en la junta MILIÁN, 1994: 77; sobre la Junta, LOMELÍ, 2001: 393, 394).

Otros capitalistas que participaron significativamente en el desarrollo del mercado inmobiliario poblano fueron Agustín Henning –de nacionalidad alemana-, Francisco Rodríguez Pacheco (sociedad Pacheco&Henning -después Pacheco y Compañía), Rómulo O’farril, y Luis Alarcón. Estos tres últimos constituyeron la empresa Fraccionadora de Puebla, S.A, constructora del emblemático fraccionamiento La Paz (MILIÁN, 1994: 70; MONTERO, 2002: 113).

Este último aparece en 1931 al poniente de la ciudad, sobre el cerro de San Juan y su construcción está ligada a la “moda” que, durante la primera mitad del siglo, prescribe a las elites locales el abandono habitacional del centro de Puebla, de cuyas gracias comerciales, desde luego, no se desprenden (Fig. 2). Estos grupos buscan únicamente crear espacios de vivienda inaccesibles a los otros ciudadanos y alejados de los barrios “peligrosos”.

En este sentido, el simbolismo de poder, privilegio y segregación asociado a estos espacios –los fraccionamientos-, como veremos más adelante, habría de permanecer y extenderse hasta nuestros días (en particular en la zona que circunda La Paz). Pues, como escribe el francés Patrice Melé: “El fraccionamiento (...) se convierte en un espacio aparte, reservado a los residentes” y la segregación que implica “no se efectúa solamente por el precio de los terrenos, sino también por las barreras que hacen de todo el fraccionamiento un espacio protegido retirado de la ciudad” (MELÉ; 1994, 130)

Hacia mediados del siglo XX el centro de Puebla diversifica su oferta comercial a la vez que conserva su preeminencia económica. Lo que ocurre mediante la disminución de los negocios formalmente establecidos y el incremento de la población que emplean, lo que sugiere un proceso avanzado de “concentración del capital comercial” y de “aumento del tamaño de los establecimientos” (MILIÁN, 1994: 72). Bienandanza que, como enseguida veremos, no incluía a las clases trabajadoras.

Durante esos años -y contra las expectativas de los grupos dominantes- el uso popular del centro histórico comienza a expandirse y desborda los límites que le habían sido impuestos. Reparació, de este modo, el gran mercado callejero, pues pese a los intentos municipales por crear nuevos centros de comercio popular –todos alejados de la plaza principal (Mercados Guerreo –antes el Parián-, el Alto, el Parral y la Victoria)-, los vendedores ambulantes se reapropiaron de las banquetas del centro histórico.

Esta proliferación del comercio informal -y del desempleo que lo alienta- no fue ocasionada, como a principios de siglo, por la reestructuración de la industria, sino, al contrario, por su estancamiento. Éste se debió tanto a la obsolescencia tecnológica de las fábricas como al final de las guerras internacionales, que, como ya hemos apuntado, favorecieron hasta finales de los años cuarenta el crecimiento industrial del “tercer mundo” Aunada a la poca aptitud de la economía local para medrar ante las políticas proteccionistas del presidente Miguel Alemán, la crisis -y el abandono- del campo fue otro catalizador del desempleo durante este periodo (sobre el aumento de ambulantes véase *Ibidem*: 73; sobre el estancamiento de la economía poblana, LOMELÍ, 2001: 371-377).

En consecuencia, de 1970 a 1980 la disposición discriminatoria del espacio urbano céntrico comenzó a desdibujarse. El debilitamiento de la segregación espacial de los usos ocurrió a causa del encuentro involuntario -e inevitable- entre el comercio popular -motivado por la necesidad de subsistir- y los espacios de consumo de los pudientes poblanos –cuyos

centros de aprovisionamiento estaban anclados a la búsqueda de la ganancia y al consumo “distintivo” de sus parroquianos.

Gradualmente se reinstauró, aunque con implicaciones históricas diferentes, la apropiación multisocial del centro histórico, hecho que a la vez reafirmó y puso en crisis el modelo comercial monocéntrico en que desde tiempos coloniales la ciudad se había basado, pues hizo patente la insuficiencia e inadecuación del espacio con respecto a sus actividades mercaderiles. Tengamos en cuenta que durante los cincuenta la PEA de la ciudad que se ocupa en el sector comercial ascendía al 18.2% (MILIÁN, 1994: 71, 80). Reinicia, de este modo, la pugna social por el espacio urbano.

El crecimiento de la población, la migración del campo a la ciudad –particularmente fuerte, para la primera mitad del siglo, en los años cuarenta (MARROQUÍN, 1985: 155)-, la falta de empleo, la lucha por el uso de los espacios públicos y, como veremos más adelante, el anquilosamiento de la vieja elite preludian el desarrollo de grandes transformaciones en la ciudad de Puebla. Este contexto expresa de manera cada vez más caótica el conflicto entre los enviones del capital comercial y el estancamiento de las actividades productivas, que generan condiciones “para la inminente operación y hegemonía de una nueva forma de capital comercial y de actividad empresarial” (MILIÁN, 1994: 81) y que trazan el nuevo campo de lucha y negociación en el que habrán de coexistir diferentes usos y construcciones simbólicas -y materiales- de la ciudad.

3.1.3 *La masificación de la urbe*

Durante la segunda mitad del siglo XX la ciudad poblana padece severas transformaciones. Como hemos visto, el crecimiento de la mancha urbana capitalina fue relativamente lento hasta el término de la revolución mexicana, pues la aparición de nuevas cuadras sobre el trazado colonial ocurrió sólo hasta después de 1920 (MELÉ; 1994: 108).

Empero, la expansión verdaderamente acelerada de la ciudad ocurriría en años posteriores: después de la década de los cincuenta la superficie urbana continua se expandió de manera sin precedentes. De acuerdo con la información del Programa de Desarrollo Urbano de la ciudad de Puebla (citada por MELÉ; 1994: 109) la ciudad pasó de los 14.5 km² que ocupaba en 1950 a 91.5 km² en 1982 y a 128 km² en 1990.

En cuanto a la población, el ritmo de crecimiento demográfico municipal saltó de una tasa de crecimiento media anual de 2.4% para los años 1950-60 a una de 6.2% para la década 1960-70. Durante este último periodo la tasa de crecimiento en el ámbito estatal fue de 2.5%

(INEGI: 22), lo que indica la acentuación del proceso que concentra la población del estado en la capital. De este modo, de los cincuenta a los ochenta la población municipal hizo poco más que triplicarse, pues pasó de 234 603 a 835 759 habitantes (*Ibídem*). En la actualidad, de acuerdo con la edición 2001 del cuaderno estadístico correspondiente, el municipio cuenta con 1 346 916 habitantes –población resultante de una tasa de crecimiento que de 1990 a 2000 fue de 2.5% (INEGI, 2001: 21, 22).

El crecimiento poblacional de los sesentas estuvo ligado a dos factores. En primer lugar, al crecimiento vegetativo de la población. Como es sabido, el desarrollo de servicios de salud y el mejoramiento de las condiciones sanitarias (drenaje, agua potable) de las grandes ciudades mexicanas incrementaron la esperanza de vida de sus habitantes e hicieron descender la tasa de mortalidad infantil (LOMELÍ, 2001: 377). En segundo lugar, el crecimiento demográfico ocurrió debido al aumento de la migración rural-urbana, pues la polarización del campo entre grandes extensiones agroindustriales y pequeñas parcelas de autoconsumo obligó a muchos campesinos a trasladarse hacia la capital del estado en busca de mejores condiciones de vida (*Ibídem*: 375-376).

La urbe y sus habitantes adquirieron entonces las características de lo que algunos autores llaman “la sociedad de masas”. Carlos Monsiváis considera a ésta no sólo como la mera aglutinación de gente, sino también como un “quebrantamiento sistemático de las realidades conocidas y una pulverización de las soluciones y los paliativos clásicos en favor de una *cultura de la necesidad*”, cuyas causas se encuentran en la desaparición a) en las grandes ciudades, de “las vías tradicionales de identidad” y b) en el campo, de “las antiguas soluciones de continuidad” (MONSIVÁIS, 1980: 37).

El proceso de reconfiguración y empobrecimiento de las sociedades y economías rurales – proceso que ciertamente ocurrió como parte de la masificación de nuestras ciudades- no tuvo las implicaciones que Monsiváis plantea con respecto a la identidad y la cultura. Su percepción de la sociedad de masas se acerca en esas líneas a los retratos que Oscar Lewis planteó acerca de la “cultura de la pobreza”. “La cultura de la necesidad” (entiendo: de la carencia y del esfuerzo de sus víctimas por remediarla) aludida por Monsiváis es, a lo mucho, sólo un aspecto entre varios de los que adquieren las diferentes culturas urbanas. Revisemos una perspectiva más fructífera.

Para José Luis Romero -quien desarrolló la noción de sociedad de masas en su libro *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*- el siglo XX latinoamericano se caracterizó por el estado “anómico” en que la migración rural colocó a las ciudades del continente al enfrentar

grupos desarticulados de campesinos contra grupos urbanos de origen decimonónico. Desde el punto de vista de este historiador, la sociedad de masas apareció en algunos países desde los años treinta, cuando el desbaratamiento de las sociedades tradicionales latinoamericanas dio lugar a la aparición de grandes cantidades de migrantes rurales que, al colarse dentro de las sociedades urbanas “normalizadas”, trastocaron su funcionamiento y las convirtieron en colectividades escindidas y desequilibradas: “Naturalmente –apunta dicho autor- el efecto que la aparición de esa sociedad anómica operó sobre la sociedad normalizada fue intenso, precisamente porque el centro del ataque del nuevo grupo era el sistema de normas vigentes, al que ignoró primero y desafió después”. (ROMERO, 1976: 334)

Esta perspectiva es interesante, pues nos permite observar el desarrollo de la sociedad de masas no sólo como el mero producto del empobrecimiento rural y del caos urbano, sino también como el conjunto relaciones y características que los distintos grupos integrantes de la sociedad adquieren cuando, además de comenzar a convivir en un mismo espacio (confrontando, de este modo, historias culturales diversas), se integran en grandes cantidades (de manera masificada) dentro de la lucha por definir el marco institucional en que conviven (véase NIVÓN; 1998:35-41).

La transformación de la ciudad de Puebla en una sociedad de masas ocurrió mediante múltiples procesos. Aunque todos estos están ligados, revisemos cada uno por separado.

3.1.3.1 El proceso de industrialización

Desde principios de la década de los sesentas, el gobierno del estado asumió la responsabilidad de reactivar la economía industrial local, que era incapaz de responder a las nuevas necesidades económicas de la región. De este modo, durante el corto periodo de gobierno de Antonio Nava Castillo se creó la Ley de Fomento Industrial del estado, que definió un conjunto de incentivos fiscales y administrativos para “hacer atractivo el estado para el establecimiento de nuevas empresas” (LOMELÍ, 2001: 382). La flamante autopista México-Puebla (1962), el respaldo de NAFINSA y el apoyo del presidente Gustavo Díaz Ordaz posibilitaron, en gran medida, el éxito posterior de dicha ley.

La política “industrializadora” del gobierno estatal –de cuyo éxito da cuenta el hecho de que entre 1964 y 1973 se establecieron en la región más de 120 compañías industriales– *Ibidem*: 384), se desarrolló en un contexto dentro del que hasta la década de los cincuenta la principal actividad industrial de la capital estaba ligada a la producción textil (que todavía

tiene importante presencia dentro del estado -al menos en lo que a cantidad de empleos y de establecimientos se refiere –véase MELÉ, 1994: 83).

Si no todas, gran parte de las fábricas que integraban esta industria se caracterizaba por lo anticuado de sus técnicas y lo obsoleto de su maquinaria. La burguesía local, sin embargo, no tenía ninguna clase de apremio por modificar esas condiciones, pues, como apunta Patrice Melé (apoyándose en el trabajo de Leticia Gamboa): “Las familias españolas de empresarios textiles” habían adquirido desde “fines del siglo XIX y principios del siglo XX, una gran influencia económica local”, por lo que “fueron considerados como ‘el grupo dominante de la industria textil’” (*Ibidem*). El poder de este empresariado fue firmemente respaldado por el poder que la familia Ávila Camacho mantuvo sobre el estado desde finales de la década de los treinta hasta la de los cincuenta.

Las condiciones cambiaron, sin embargo, cuando, con el término de la segunda guerra mundial, la organización del mercado global comenzó a cambiar y los sucesivos gobiernos nacionales ajustaron sus políticas a las exigencias de los capitales transnacionales.

En este sentido, durante los sesenta la industria local no creció, sino, más bien, fue desplazada por un reimplante económico y fabril coordinado por el Estado y realizado por nuevos capitales industriales (MELÉ: 1994: 84) Así, el incremento de la actividad industrial experimentado por la ciudad durante esos años tuvo como principal impulsor a la empresa alemana Volkswagen (cuya planta inicia operaciones en 1967), que “modificó los flujos de mano de obra y las oportunidades de empleo para la región”, pues el conjunto de empleados y obreros que esta empresa ocupaba a mediados de los ochenta equivalía al 69% del empleo que ofrecían todas las textiles juntas (*Ibidem*: 85).

Durante esta misma etapa se instaló en el municipio de San Martín Texmelucan una planta de metanol de PEMEX (1962); y en el de Xoxtla (1967), la empresa regiomontana HYLSA. Además, a partir de 1970 se creó al norte de la ciudad -sobre la autopista México-Puebla- un conjunto de parques industriales (“La Resurrección”, “5 de Mayo”, “Puebla 2000), que se integran pronto al complejo industrial que a la sazón comienza a configurar la Zona Metropolitana de la Ciudad de Puebla. Se precipita entonces la metropolización del área (véase BARBOSA; 1993; BARBOSA; 1984: 49-51).

3.1.3.2 La reactivación del mercado inmobiliario⁵

Durante la segunda mitad del siglo XX, tres diferentes procesos hicieron mucho más atractivo, para la inversión privada, el mercado local de bienes y raíces. Dichos procesos son a) la densificación comercial del centro histórico; b) la recarga simbólica del mismo - primero, como “distrito financiero y de negocios” y, después, como “patrimonio cultural” (MILIÁN, 1994 104,105, 124-128)-, y c) la consecuente revaloración económica de los predios urbanos más céntricos. Esta reactivación mercantil de la ciudad aceleró los procesos de producción del espacio urbano.

El centro de la ciudad experimentó este hecho a través de un proceso en el que el incremento del valor del suelo constantemente convertía en poco “apropiados” (rentables) los inmuebles que contenía. Esto se tradujo en la alteración de la imagen arquitectónica del centro mediante la continua demolición y construcción de edificios, lo que para algunos urbanistas significó la “degradación” de la zona. (véase PATIÑO, 2002: 116-125)

Una vez impulsado, el galopante crecimiento de la urbe mediante la multiplicación de colonias no extendió de manera regular y continua la mancha urbana. Este hecho está más relacionado con las estrategias de acumulación de las inmobiliarias y las “fraccionadoras” que con las características naturales del terreno (como lo sugiere PADILLA, 1996: 144). La pauta de inversión estuvo orientada por una estrategia que los urbanistas llaman “crecimiento pendular” y que consiste “en urbanizar áreas alejadas del perímetro urbano construido, dejando amplios espacios vacíos sin lotificar a la espera especulativa” (MILIÁN, 1994: 95)

El ejemplo más ilustrativo de la ejecución de este tipo de estrategias es el relativamente prematuro (“prematuro” con respecto al periodo del que hablamos, pues apareció en 1953) fraccionamiento San Manuel, que se asentó “a 1 Km. al sur de la primera casa” de la ciudad, convirtiéndose de ese modo en el “objeto privilegiado de una nueva promoción, o cuando menos de una especulación del suelo” (MELÉ; 1994: 121, 122)

Empero, el verdadero dechado de esta re-creación capitalista de la ciudad se constituyó en torno a la ya mencionada colonia La Paz, cuya “zona esmeralda” –como fue designada el área comercial establecida a su entorno- densificó en esta etapa el valor –tanto simbólico como económico- de una gran porción de la zona poniente de la ciudad (Fig. 3). En la actualidad esa zona funge como el núcleo simbólico de toda un área edificada para las

⁵ Chocantemente económico, este hecho tiene la cualidad de espacializar las divergencias y oposiciones políticas y culturales entre los distintos habitantes del espacio urbano. Su importancia no se reduce, en este sentido, a su aspecto meramente mercaderil. El trabajo de Mike Davis (1992) sobre la ciudad de los Ángeles da cuenta de ello de manera sumamente convincente.

necesidades y el consumo de las clases medias y altas. Desde entonces, la avenida Juárez conduce desde el centro de la ciudad a un espacio “dirigido a las élites poblanas”, a “un lugar de reunión y paseo” que constituye “una alternativa, aunque relativa, a la ciudad antigua”, a la sazón nuevamente plagada “de actividades policlasistas” (MILIÁN, 1994: 105).

La revaloración del suelo dio lugar a la aparición de un mercado inmobiliario diverso en varios sentidos. Surgieron desde “grandes tigres” hasta pequeños fraccionadores e intermediarios cuyo desempeño dentro del mercado estuvo en todo momento supeditado a la acción del poder gubernamental. En contraste, los primeros -las grandes inmobiliarias- que surgieron del empresariado poblano (incluyendo el de origen textil) y nacional- realizaron sus negocios valiéndose de la posición de privilegio con que contaban ante las instancias reguladoras del crecimiento urbano. (MELÉ; 1989:296-298 y MELÉ; 1994: 164-179) Estos grupos también se harían presentes mediante el establecimiento, en el centro de la ciudad, de cadenas y centros comerciales como el puerto de Veracruz, Woolworth, Sanborns, Blanco, Comercial Mexicana y Aurrera (MILIÁN, 1994: 94, 102, 106)

La promoción inmobiliaria permitió, por otra parte, la aparición de los más diversos tipos de colonias y asentamientos, que, siguiendo a Melé (1994: capítulo VI), podemos clasificar en: fraccionamientos o conjuntos privados legales e ilegales (lugares exclusivos y de costo variable, aunque generalmente alto); fraccionamientos populares legales e ilegales (que incluye una amplia gama de colonias), y asentamientos legales e ilegales en tierras pertenecientes a ejidos.

La voraz mercantilización del suelo se complementó con la intervención de organizaciones altruistas como el club de Leones, el de Rotarios y las fundaciones Gabriel Pastor y Mary Street Jenkins, que a lo largo de la ciudad edificaron escuelas, hospitales, centros deportivos y museos (MONTERO, 2002: 181-183) y que, como la JMMCMP, permitieron a la “iniciativa privada” local “tener una gran injerencia en la política municipal” y gozar de un espacio desde el que pronunciaban “continuas declaraciones a favor de sus posiciones ideológicas y políticas” (LOMELÍ, 2001: 393, 394).

A partir de esos años, la forma predominante de producción del espacio urbano es el fraccionamiento, que, de acuerdo con Melé (1994: 120), supone, dentro de los reglamentos locales, la concesión “a una persona privada, por parte de los poderes públicos, del derecho de realizar una venta parcelaria de terrenos o viviendas, siempre y cuando ésta se haga cargo de la introducción de los servicios”.

El fraccionamiento popular, de menor tamaño y con pocos –o ninguna clase de- servicios, constituye, a decir del mismo autor, el principal medio a través del que los grupos más pobres de la ciudad pueden adquirir una vivienda, pues el carácter, a menudo, ilegal de los mismos – junto con el trabajo de autoconstrucción- les permite acceder a una casa acorde a sus pocos recursos (*Ibídem*: 159)

Con respecto a la vivienda popular, un hecho de suma importancia fue la creación del Instituto del Fondo Nacional de Vivienda para los Trabajadores (INFONAVIT), que apareció dentro de la ciudad en 1973. Aunque la construcción de unidades habitacionales por parte del Estado no inició con la llegada de este instituto a la ciudad (pues antes el gobierno estatal ya había creado las colonias González Ortega, Hermanos Serdán, Aquiles Serdán, Guadalupe, San Manuel y Agua Azul y la Hacienda), su presencia transformó significativamente el espacio urbano.

De acuerdo con Enrique Marroquín hacia 1979 el INFONAVIT había construido 8 010 viviendas (MARROQUÍN, 1985: 112); cifra que en 1989 asciende a 31 516. Estas viviendas estaban distribuidas en 28 “infonavits” (MELÉ; 1994: 160). En la actualidad, de acuerdo con los registros del INEGI, la ciudad cuenta un total de 34 unidades habitacionales edificadas por este instituto.

En un principio, la creación de los “infonavits” se llevaba a cabo cerca de los parques industriales que, como hemos visto antes, a partir de la década de los setentas comenzaron a establecerse al norte y noreste de la ciudad; poco a poco, sin embargo, la construcción de multifamiliares se extendió al sur de la urbe, donde, por cierto, se encuentra la unidad habitacional más grande del municipio –“La Margarita”, con cerca de 5000 viviendas.

La distribución de los “infonavits” dentro de la ciudad da cuenta de la zonificación jerárquica que, durante las décadas de los sesenta, setenta y ochenta, adquiere el espacio urbano. Mientras las élites ocupan el poniente de la ciudad y establecen ahí sus principales centros comerciales y de servicios (universidades, clubes deportivos, discotecas y restaurantes), una enorme herradura de colonias populares se dibuja por los rumbos norte, oriente y sur (Fig. 3). El conjunto de servicios ubicados en la zona confirma este hecho: al sur, el “Centro de readaptación social”, el hospital psiquiátrico, y los panteones Municipal, Jardín y Valle de los Ángeles; al oriente, la zona militar, y al norte, la central de autobuses y diversos corredores industriales (véase MELÉ;1994: 107-117).

3.1.3.3 Las transformaciones políticas e institucionales

El crecimiento de la población incrementó la demanda de distintos servicios dentro de la ciudad. Este fue el caso de la educación.

Así, durante los años setenta las instituciones educativas se multiplicaron; aumento que incluyó todos los niveles escolares, desde el básico hasta el superior y tanto en el ámbito de la educación privada como en el de la pública. Como parte de este proceso, a partir de los sesentas aparecieron en el municipio universidades como la de las Américas (en Cholula) –UDLA-; la Popular Autónoma del Estado de Puebla –UPAEP-; el plantel Golfo-centro de la Universidad iberoamericana, y otras múltiples instancias privadas y públicas (como el Instituto Tecnológico Regional de Puebla –cuyo patronato se crea en 1973) que, a partir de entonces, ofrecen servicios de educación superior y técnica.

Dentro de todas estas transformaciones, la Universidad Autónoma de Puebla jugó un papel especialmente significativo. Veámoslo en términos muy generales.

La etapa durante la que la universidad pública se masifica converge con su metamorfosis en una especie de “manzana de la discordia” que enfrenta a diferentes grupos de la sociedad poblana. Las intensas transformaciones que durante la segunda mitad del siglo XX sufre la ciudad hacen que las luchas universitarias –primero por la autonomía (obtenida en 1956) y luego por la reforma universitaria- se transformen y confundan explosivamente con otros movimientos sociales, y que sus objetivos se amplíen e integren rápidamente a las demandas de otros grupos organizados –como los comerciantes ambulantes, por ejemplo.

Un dato importante: la cantidad de estudiantes registrados en el ámbito nacional dentro de la educación superior crece espectacularmente de 1960 a 1970 pues pasa de 28 100 alumnos a 271 275 (SOTELLO, 2002: 29). En Puebla este incremento de la matrícula coincidió con a) la llegada a la dirección universitaria de académicos ligados al partido comunista (lo que, a decir de Lomelí, “envalentonó” a los comunistas); b) con el exacerbamiento de los temores religiosos a toda lo que huelga a marxismo, y c) con el gradual decaimiento y división de la burguesía local (*Ibidem*: 17-31).

La decadencia de ésta fue precipitada por la llegada de capitales industriales transnacionales y nacionales, que –como ya lo he comentado- reestructuraron la economía del estado y originaron muchas de las transformaciones ocurridas durante este periodo dentro de la sociedad poblana. En este sentido, pese a que la guerra norteamericana contra Corea constituyó un periodo relativamente favorable para los viejos industriales poblanos

(LOMELÍ, 2001: 374), muchos de ellos nunca pudieron recuperarse de los estragos que la obsolescencia de sus estrategias económicas les hacía padecer en las nuevas condiciones del capitalismo mundial.

Algunos empresarios desplazados del dominio económico se integraron entonces a la lucha por el control político de la urbe (SOTELO, 2002: 21). Sin embargo para entonces su influencia en este rubro estaba también en decremento; específicamente, desde la década de los cincuentas, cuando Fausto M. Ortega -sucesor de Rafael Ávila Camacho en el gobierno del estado- se distanció de éste último para congraciarse, primero, con el poder del presidente Ruiz Cortines y, después, con el de López Mateos (LOMELÍ, 2001: 377, 378).

La irrupción de la sociedad de masas, en este sentido, sacudió las certidumbres urbanas y rurales tanto de los dominados como de los poderosos, pues la acelerada transformación económica que en los sesentas desencadenó la implantación de la nueva industria cimbraría poderosamente las bases del dominio “avilacamachista”.

En este contexto, el recelo con que la burguesía decadente y la jerarquía eclesiástica veían la masificación de la universidad y su lucha por la reforma universitaria se transformó en pánico cuando los grupos de izquierda llegaron a la rectoría en junio de 1972, con Sergio Flores. Hasta cierto punto ignorante de las causas de su decadencia y de modo acorde con la política anticomunista alentada por la guerra fría, la burguesía “avilacamachista” identificó a los grupos mayoritarios dentro de la universidad (y al movimiento popular que en su entorno comenzaba a aglutinarse, el Frente Obrero, Campesino, Estudiantil, Popular –FOCEP) como los responsables de la crisis en que se hallaban y contra ellos dirigió sus embates:

Si algo distinguía a dichos sectores (...) era su incapacidad para discernir acerca de las causas económicas y sociales de fondo que estaban propiciando su aniquilación: así, en lugar de advertir que las causas de su desplazamiento eran las nuevas expresiones del capitalismo, el fortalecimiento de los monopolios, etcétera, atribuyeron este fenómeno a los “complots” del comunismo “ateo”, y al “estatismo” del gobierno de Echeverría (SOTELO, 2002: 22)

Humberto Sotelo identifica el periodo que va de 1961 a 1973 como el de la crisis y aniquilación del cacicazgo avilacamachista. En el transcurso de esos doce años el estado fue administrado por cinco gobernadores, de los cuales tres no terminaron su periodo. Los acontecimientos que distinguen estos años son:

-En 1961, la confrontación entre diferentes representantes de la sociedad (iglesia, derecha poblana, Partido Comunista, gobierno estatal y poder federal) en torno a la reforma universitaria, pues ésta implica, centralmente, la disputa por el control de la UAP (*Ibidem*: 46-56). Disputa dentro de la que “gracias a la combatividad de los universitarios, el movimiento obtiene un triunfo fundamental en 1963” cuando el gobierno elimina las restricciones a la autonomía universitaria al “promover una nueva ley orgánica” (*Ibidem*: 55).

-La movilización multisocial de 1964 en contra de un conjunto de reformas gubernamentales relacionadas con la producción y comercialización de leche. El conflicto culmina con la destitución del gobernador Nava Castillo. Una vez más, con la victoria de este movimiento salen fortalecidos, a decir de Sotelo, los grupos progresistas y liberales de la sociedad, que de este modo aceleran la caída del poder “avilacamachista”

-El movimiento universitario de 1968, que coordina y solidariza, a partir de diversas problemáticas locales, las demandas de grupos universitarios ubicados en distintos estados de la república –Puebla, Sinaloa, Guerrero y Distrito Federal. Se trata de un momento de polarización social que tiene su manifestación más aberrante en los linchamientos ocurridos, durante ese año, contra cinco trabajadores universitarios en el pueblo de San Miguel Canoa (véase *Ibidem*: 60-63).

-Finalmente, la confrontación de los años 1972-73 representa el clímax del conflicto, pues pese a asesinatos y encarcelamientos perpetrados contra los universitarios, termina con la destitución del gobernador Gonzalo Bautista O’farril, a quien Sotelo considera el último representante en el poder avilacamachista.

Durante la lucha los grupos universitarios de izquierda tejieron fuertes vínculos con otros movimientos sociales. Así, en Julio de 1972, después de un mitin organizado en repudio del asesinato del académico Joel Arriaga, el Sindicato de Trabajadores Electricistas, el Movimiento Sindical Ferrocarrilero, el sindicato de la Volkswagen y la Unión de Defensa Inquilinaria, la Central Campesina –entre otras-, conformaron el Frente Obrero, Campesino, Estudiantil, Popular (FOCEP), que “habría de desempeñar un papel de gran relevancia en la defensa de la universidad, y en la lucha que libraban las clases populares por abrirle paso a un gobierno respetuoso de las libertades políticas” (*Ibidem*: 94) Durante esos años, los integrantes del FOCEP y de otros grupos sociales participaron activamente en luchas vinculadas a cuestiones laborales, agrarias y de servicios urbanos (*Ibidem*: 96-98).

Apareció, en este contexto, la Unión Popular de Vendedores Ambulantes (1971), que agrupa al ambulante que decide no integrarse a las organizaciones priistas y que lucha por

la defensa de sus espacios de trabajo. Aunque solidaria con el movimiento universitario, la UPVA desarrollaría sus principales acciones en función de una problemática diferente (MILIÁN, 1994: 120).

3.1.3.4 La reorganización del comercio urbano

Durante los sesentas, el adelanto industrial de la región; la revaloración simbólico-económica del centro de la ciudad, y el crecimiento de la misma, sentaron las bases para el desarrollo, por parte de la burguesía local y a través del Estado, de un proyecto de reestructuración del comercio a escala municipal. Se buscaba reordenar el espacio urbano de modo que garantizara el éxito del capital comercial e inmobiliario.

Comenzó entonces a gestarse un conjunto de transformaciones que, para fines de los ochenta, habrían ya reconfigurado la estructura espacial de la ciudad. La Puebla comercialmente monocéntrica de la primera mitad del siglo –y de mucho antes- se transformó en una urbe plagada de servicios y centros comerciales jerárquica y estratégicamente dispersos. Es en el paso de un modelo de ciudad a otro donde el movimiento comercial ambulante se activa políticamente y confronta –y transa con- los intereses de los grupos dominantes.

Desde un principio –como antaño- el conflicto estuvo ligado a la reubicación de los ambulantes, que en los sesentas adquieren “una nueva dimensión”, pues tan solo de 1962 a 1965 crecen en un 67% (MILIÁN, 1994: 114). Este incremento respondió, como en otras ocasiones, al aumento de la población improductiva (en cierto modo favorecido por la nueva industria, que, dada la tecnología de punta que utiliza, no ofrece los empleos suficientes) y a la migración de campesinos empobrecidos hacia la ciudad (en 1979 el 18% de los ambulantes estaba constituido por campesinos -*Ibidem*: 117,118).

El interés económico de las elites locales movilizó a sus principales representantes (la Federación de Locatarios –creada en 1963-, la Unión de Comerciantes en Pequeño y la Cámara Nacional de Comercio –*Ibidem*: 121) para exigir al gobierno la definición de un área específica, no sólo para el comercio ambulante, sino para todo el conjunto del comercio popular establecido en el centro histórico. Se buscaba, desde luego, que dicha área estuviera fuera de la zona céntrica de la ciudad, por lo que, entre otras cosas, se proponía el cierre del mercado la Victoria. Los comerciantes (ambulantes y fijos) que se resistieron al traslado argumentaron que éste debía realizarse de manera voluntaria y que los nuevos espacios debían de garantizar el desempeño provechoso de sus actividades comerciales (*Ibidem*: 186-

190). En esta tónica, de 1963 a 1981 aparecieron 16 mercados, que, dadas las duras condiciones económicas, lejos de paliar el ambulante sólo ocasionaron su proliferación (*Ibíd.*: 122, 123).

En los ochentas la situación empeoró, pues ante la crisis económica nacional y “la incapacidad del sector formal de la economía para generar suficientes empleos para los jóvenes que los demandaban, las actividades informales registraron un importante aumento” (LOMELÍ, 2001: 395). Se puso en marcha entonces, como una contundente respuesta gubernamental a esta problemática, el “Programa de desconcentración comercial y de servicios del centro histórico de la ciudad de Puebla”, que reestructuraría el conjunto de la actividad comercial dentro de la ciudad.

Apareció entonces un sistema comercial popular que incluye una central de abastos (al norte de la ciudad); tres Centros Comerciales Populares (CCP) –el “Miguel Hidalgo” (al norte), el José María Morelos (al noroeste) y el Emiliano Zapata (al sur), y cuatro Mercados de Apoyo (el Independencia (al sur), el Héroes de Puebla (al este), el Zaragoza (al norte) y el Francisco I. Madero (al noroeste). Aunque la mayoría de los comerciantes finalmente fueron reubicados, algunos de éstos –en particular, los ligados a la UPVA, que aceptan el traslado en julio de 1986- lograron, mediante negociaciones con el gobierno estatal, que su reubicación se diera en condiciones más favorables que las que originalmente preveía el gobierno municipal.

El proyecto de reestructuración comercial formaba parte de un plan mayor cuyo objetivo era rediseñar a largo plazo el conjunto del espacio urbano. De ese modo, a la desconcentración comercial popular correspondió la reorganización del transporte público urbano y foráneo; la definición de una zona destinada al establecimiento de parques industriales, y el desarrollo, al poniente de la ciudad, de una amplia zona cuyo equipamiento urbano, como ya lo hemos dicho, estaba dirigido a consumidores de clase media y alta.

En materia de transporte, la principal acción de los ochentas fue la inauguración, en 1988, de una central de autobuses que desde entonces concentraría el conjunto de rutas y terminales anteriormente diseminadas en el centro de la ciudad. Como hoy en día es patente, esta medida, lejos de resolver el problema del transporte urbano, sólo lo trasladó hacia la periferia norte de la zona de monumentos de la ciudad.

El paralelo del reordenamiento comercial popular (o, como lo muestra Guadalupe Milián, de su desplazamiento), es la aparición, desde fines de los setentas hasta nuestros días, de un conjunto de “Plazas comerciales” que reconfiguran la oferta de consumo antaño encabezada

por tiendas de autoservicios (como Aurrera o Blanco) y particularmente dirigida a las clases medias y altas. A la cabeza de la modernidad comercial, estos centros comerciales “a diferencia de las grandes tiendas de autoservicio (representativas de una empresa o firma)” aglutinaron “bajo una única edificación en régimen de condominio, diversos tipos de capitales: grandes, medianos, locales, nacionales y transnacionales” (MILIÁN, 1994: 131).

En la actualidad, estas plazas se han convertido en “polos de desarrollo” que incrementan el valor del suelo adyacente y estimulan su desarrollo comercial y de servicios. Es decir, aceleran la circulación de los capitales comerciales e inmobiliarios (*Ibídem*: 132, 133) y configuran, de este modo, una ciudad multicéntrica o “polinuclear” (véase DE LAS RIVAS; 2001).

3.1.3.5 Nuevos espacios, nuevas culturas

La sociedad de masas poblana dio lugar a un nuevo reordenamiento cultural del espacio urbano. El gobierno municipal, de la mano del empresariado, llevó al cabo un conjunto de medidas que buscaban reconfirmar el uso del suelo dentro de la creciente mancha urbana.

En los años sesentas, por ejemplo, los poderes locales decidieron liberar el centro histórico de la inmoralidad y, entre otras medidas, delimitaron una nueva “zona roja” dentro de la ciudad de Puebla. Se escogió el área de la 90 poniente, que entonces constituía el extremo norte de la mancha urbana. Este movimiento concernía, desde luego, a bares y prostíbulos frecuentados por las clases populares en el centro histórico y no a los burdeles de “tipo ejecutivo”. Aunque con el paso de los años la prostitución terminó diseminándose nuevamente –incluso en el centro de la ciudad–, su desplazamiento resulta premonitorio del orden especial que a partir de entonces emergería dentro de la ciudad (véase BARBOSA; 2000a y 2000b).

La “zona roja” fue ubicada en un área que gradualmente devendría fabril y obrera, pues, como ya lo he comentado antes, en esa zona se instalarían, durante los setentas, la mayoría de las nuevas industrias. Con la posterior aparición de las centrales camionera (que fue anunciada como “la más grande de Latinoamérica”) y de abastos, comenzó a dibujarse, en torno a la autopista México-Puebla, un área urbana “de uso rudo”. Mercados, tianguis y comerciantes ambulantes –que en su mayoría fueron reubicados– completaron este antagonista espacial de las múltiples “zonas esmeralda” que en los ochentas comenzaron a aparecer al este de la ciudad.

La ciudad destinada a las clases trabajadoras no quedaría restringida al norte de la urbe. Al oriente se extendió gracias a la proliferación fraccionamientos populares y de unidades del INFONAVIT (La Flor, Obreros Independientes, Amalucan, Rivera Anaya, Bosques de San Sebastián), y a la integración al municipio de localidades como San Miguel Canoa, San Aparicio, La Resurrección y Zaragoza. Algo similar ocurrió con el sur de la ciudad, donde, desde finales de los setenta aparecieron cerca de treinta unidades habitacionales y dónde las colonias populares también se multiplicaron.

El crecimiento urbano implicó, como ya lo hemos dicho, la masificación de los servicios públicos. Clínicas del IMSS, escuelas, servicios burocráticos conformaron, a decir de Eduardo Nivón, una sociedad inclusiva “en donde las clases populares –los sectores despojados económica y jurídicamente de cualquier género de participación en el pasado- son ahora incorporados al sistema político aunque no al poder” (NIVÓN; 1998: 39)

A la inclusión política se agrega, durante los ochentas, la emergencia de un doble proceso de diversificación y mercantilización cultural. Fenómeno fundamentado en gran medida no sólo en la aparición de nuevos tipos de colonias y de ciudadanos habitantes de la ciudad sino también en la pluralización de las actividades comerciales, que no sólo conforman nuevos productos (incluyendo los que, en un sentido restringido, podemos calificar como “culturales” y que están ligados a la diversión y el ocio) y espacios de consumo, sino también nuevas formas de comercializar y de consumir.

Desde luego, ni la mercantilización de la cultura, ni la pluralidad cultural de la ciudad ocurrieron durante la segunda mitad del siglo XX como un hecho novedoso o inédito. *Lo relevante del periodo, más bien, es la poderosa fuerza creativa que ambos procesos conformaron a partir de entonces.*

En particular, durante los años ochentas, cuando el debilitamiento de las políticas culturales estatales dejó el campo libre para la intervención de la “iniciativa privada” en la cultura (véase GARCÍA; 1990) y cuando la situación económica de las clases trabajadoras empeoró considerablemente, la composición cultural de la sociedad poblana se diversificó, haciendo emerger de manera constante nuevos grupos y prácticas culturales.

Las distintas culturas populares juveniles que a la sazón aparecen y que hasta nuestros días se reproducen dan cuenta de ello. Aunque todas mercantilizadas –pues sus fuentes de activación provienen tanto de la macroindustria cultural como de la actividad comercial popular-, permiten el desarrollo de diferentes usos del espacio público urbano.

En este sentido, con el desarrollo capitalista se fortalecen, en la ciudad, las prácticas culturales alentadas por las industrias culturales. En Puebla, al igual que en la capital del país :

los MDM [medios de difusión masiva] elaboran los procesos de construcción de sus contenidos en puntos que, a través de su difusión por otras instituciones –escuela, Iglesia, tradiciones populares-, se han convertido en elementos históricamente compartidos: el nacionalismo y la religión en sus diferentes formas de expresión, los grupos de edad y sexo, los sentimientos, las formas de diversión, las concepciones sobre el trabajo y el tiempo libre, etcétera, y de este modo se convierten en reproductores de ciertos significados” (NIVÓN; 1998: 42).

En este sentido, la “confrontación” -nuclear para la sociedad de masas- entre lo ”moderno y lo tradicional” se realiza en gran medida, por la mediación –que no *dominación*- de los medios de comunicación de masas.

La emergencia de la sociedad de masas no significó, desde luego, la instauración del paraíso multicultural en la “angelópolis”, pues la pauta que en todo momento ha regulado este proceso de mercantilización de la diversidad ha sido la de la polarización social. La desigualdad económica de los habitantes de la ciudad continúa y se mantiene el diferencial acceso a distintos bienes (principalmente a los que exigen inversiones a largo plazo, como la educación o la vivienda). El espacio urbano, asimismo, mantiene y reafirma su carácter jerárquico con la instalación, al este oeste de la ciudad, de un conjunto de obras (como el Tecnológico de Monterrey, o el fraccionamiento La Vista) que definen sin posibilidad de ambigüedades la “selecta” minoría a la que están dirigidas. De este modo, “el multiculturalismo –como dice Eduardo Nivón- es la expresión de una ruptura con una ciudadanía universal y esto se engarza con las expresiones más excluyentes de las derechas intolerantes que prefieren insistir en las exclusiones locales” (NIVÓN; 2000: 135)

De este modo, aunque plural en su conformación, la ciudad poblana gradualmente se escinde espacial y socialmente. Podemos decir, en este sentido, que si bien los procesos estructuradores de la sociedad de masas se manifestaron como una reinención espacial de la ciudad poblana -que entonces fue ocupada por una pluralidad de culturas-, esa reinención anunció también el agravamiento de las relaciones de desigualdad que el capitalismo implica, y que han sido aceleradas por la el desarrollo planetario actual del régimen de acumulación flexible.

Las nuevas colonias han integrado, de este modo, un espacio urbano jerárquicamente diferenciado, y han vuelto plásticas y visibles las diferentes posiciones de los habitantes de la ciudad de Puebla dentro de la organización del trabajo, pues el capital nunca ha dejado de marcar su impronta polarizante a la diversidad urbana que tolera. La interpenetración entre cultura y “nego”, ha implicado, en este sentido, no sólo la posibilidad de que una amplia cantidad de prácticas culturales se reproduzcan en su mutación mercantilizada, sino también la de que en cualquier momento sean controladas o eliminadas por los grupos más poderosos dentro del mercado⁶.

En este sentido, la “irrupción del mercado como la gran esfera de la vida social que abarca tanto las relaciones del *oikos* o el *domus*, como las de la *polis* o la *civitas*”, (*Ibidem*: 126) es decir, tanto el espacio privado como el público ha contribuido con la reproducción y el recrudecimiento de las diferencias socioeconómicas entre los habitantes de la ciudad (un texto útil –aunque poco satisfactorio– sobre las condiciones de pobreza y desigualdad dentro de la ciudad es el de ARAGÓN y CAMAS; 1997)

3.1.4 *La ciudad en nuestros días*

En la actualidad, la ciudad de Puebla comparte muchas de las características que durante la última década y, en gran parte, gracias al fenómeno conocido como globalización⁷, han adquirido los grandes asentamientos urbanos del país. Por una parte, con respecto a la industria, la reestructuración de su organización productiva; la multiplicación de las

⁶ A partir del trabajo realizado por Sergio Padilla Galicia en un estudio comparativo de las ciudades de Aguascalientes, Culiacán, Querétaro, Orizaba, Veracruz y Puebla, podemos redondear nuestra revisión de los cambios padecidos de los setentas hasta nuestros días por la estructura urbana poblana. Así, durante el periodo referido:

- a) La estructura de uso del suelo se diversificó.
- b) El auge en las actividades comerciales propició la expansión del área central de comercio y servicios, a costa del uso habitacional.
- c) El centro urbano tradicional perdió su función predominante comercial, pero tiende a desempeñar funciones terciarias más especializadas.
- d) Las nuevas concentraciones comerciales y de servicios se constituyeron los nuevos centros de actividad urbana.
- e) Surgieron nuevos equipamientos regionales en la periferia como una manifestación de la descentralización (relativa, porque se les ubica en la misma región –véase BARBOSA; 1984, y CABRERA; 1994) de los servicios .
- f) La diferencia social en la población condujo a una aceleración socio-espacial de las ciudades.
- g) Surgieron numerosos conjuntos habitacionales en la periferia.
- h) La población de escasos ingresos experimentó un proceso de segregación.
- i) La red vial primaria se incrementó sensiblemente.
- j) El crecimiento industrial de la ciudad fue significativo, lo que se manifestó en el incremento de las zonas industriales.

⁷ Abundaré sobre lo que entiendo por “globalización” en el capítulo siguiente.

maquiladoras, y el desarrollo de la “nueva cultura laboral” que los empresarios promueven han convertido a una gran cantidad de los habitantes de la ciudad en asalariados temporales.

La era del sufragio efectivo, por otra parte, ha iniciado en un periodo en el que, como en muchas partes del planeta, el Estado ha reforzado su papel de garante de la reproducción del capital y en el que los sucesivos gobiernos se han desentendido de sus responsabilidades sociales. Así, los costosos proyectos viales del actual presidente municipal panista –que considera gravosa la reconstrucción de tres puentes dañados por las recientes lluvias en colonias populares, pues “sólo hay dinero para uno”- apuntan hacia la revaloración del suelo y hacia la mejora de las condiciones de acumulación del capital local mediante la renovación de la infraestructura vial y de otra clase de equipamientos y servicios-insumos (como la seguridad, por ejemplo).

En la actualidad, una gran cantidad de servicios urbanos se ha convertido en negocio, desde la recolección de basura hasta la educación. Con respecto a esta última, la falta de escuelas para todos los niveles y los cambios en las políticas de ingreso de la universidad pública (que desde finales de los ochentas se propuso –y lo logró- reducir su matrícula) han dado lugar a un panorama en el que grandes y pequeños capitalistas han establecido una oferta educativa pobre y monotemática.

Las políticas excluyentes y que favorecen la revaloración del suelo han continuado. Su manifestación reciente más polémica –por las protestas vecinales que generó y debido a que ocurrió en el centro de la ciudad- ha sido el plan Angelópolis, que, entre otras cosas, mediante el Proyecto del Paseo del Río de San Francisco buscaba expropiar veintisiete manzanas declaradas por el municipio de utilidad pública (finalmente sólo pudo expropiar seis) en ocho barrios del Centro Histórico. El proyecto buscaba, como después ocurrió, la creación de un moderno centro de convenciones. (CHURCHILL, 2001: 181)

Los grandes capitalistas, sin embargo, han modificado –que no suprimido- su actitud discriminadora y se han dado cuenta de que si lo que quieren es hacer negocios el consumidor popular tiene algo que aportar –aunque sea en pocas cantidades. De este modo, junto a los mercados populares –que en los ochenta y noventa abastecían casi exclusivamente a las colonias populares- se han establecido, en nuestros días, “bodegas” o tiendas de grandes firmas nacionales (como Electra o Copel) que, mediante instalaciones más simples y funcionales, buscan apropiarse del mercado que antaño el comercio popular satisfacía. “Si no puedes con el enemigo...”: las grandes empresas también salen a la calle y mediante “cambaceo” o venta ambulante –para lo que contratan a los jóvenes desempleados- ofrecen al

habitante de las colonias populares televisión por cable, telefonía celular o el trámite de una tarjeta de crédito.

El comercio ambulante, sin embargo, no ha padecido mengua alguna por esos asaltos del gran capital. En las zonas de los mercados establecidos por el programa de reordenamiento comercial de los ochentas se han multiplicado los tianguis populares y las calles se han saturado de ambulantes (en particular en las zonas del mercado Hidalgo, cerca de la Capu). En este sentido, el comercio ambulante ha permitido no sólo la subsistencia de grandes cantidades de poblanos desempleados, sino también ha posibilitado el acceso de las clases populares a bienes de los más diversos tipos. Así, por ejemplo, se puede adquirir en cualquier calle de la ciudad, por unos cuantos pesos, copias bastante eficientes de programas de cómputo que de otro modo serían inaccesibles para los habitantes de la ciudad. El comercio popular, en este sentido, “democratiza” (y tómesese las comillas muy en serio) el acceso a la tecnología y a otro tipo de bienes.

La actualización tecnológica que la economía informal ha posibilitado entre las clases populares favorece el desarrollo de sus prácticas culturales dentro del espacio urbano. Desde la radiograbadora hasta la cámara fotográfica –sin mencionar los fenómenos culturales que implican un uso más colectivo de la tecnología (como el llamado “sonidero”)–, la tecnología permite no sólo el registro de la experiencia personal sino también la definición del espacio urbano en términos de la cultura propia.

Dentro de la ciudad masificada, de este modo, el discurso ideológico de las elites no es el único que se escucha. Diferentes grupos sociales, aunque situados muchos de ellos en posiciones “subalternas”, han podido desarrollar sus propias visiones y usos de la ciudad capitalista. La construcción simbólica de la ciudad (véase REGUILLO; 1996: 467-474) ha sido plural, y aunque los actores de dicha pluralidad no ocupan posiciones simétricas, todos intervienen en el proceso de definición de la hegemonía de unas sobre otras. La ciudad puede pensarse, este sentido, como “un juego asimétrico por las definiciones y redefiniciones de los sentidos sociales de la vida” (*Ibidem*:468)

MARCO TEÓRICO

Como lo habrá notado el lector, al esbozar el desenvolvimiento histórico de la ciudad poblana he intentado aprehender la participación diferencial que sus diversos habitantes han tenido en su conformación. De ahí que en todo momento he enfatizado cómo las diferencias sociales existentes entre los poblanos han sido plasmadas en el espacio urbano. Dado que estas diferencias son social e históricamente producidas (y no se deben a la mera variabilidad individual de sus habitantes) he puesto especial atención en aquellas que -al menos desde la aparición del México independiente- han sido uno de los principales “ejes” estructuradores del espacio urbano, a saber, las diferencias de clase.

Éstas han sido consideradas a partir del carácter capitalista de la urbe, es decir, se les ha considerado como significativamente determinadas por las relaciones socioeconómicas que predominan en la ciudad. He dicho, además, que en la actualidad dichas relaciones se han integrado al orden económico capitalista global. Con el objetivo de afinar mis planteamientos debo ahora formular de manera más precisa cómo concibo lo que dicho adjetivo (“global”) implica.

Empero, hay otros puntos por desarrollar. Uno de ellos es el que se refiere a una noción que he utilizado recurrentemente dentro de mi exposición: “la cultura popular”. Con este término me refiero a toda la diversidad de prácticas culturales que llevan a cabo las clases “dominadas” dentro del espacio urbano. Si he dicho que me enfocaré, en especial, en la(s) cultura(s) popular(es) juvenil(es), debo entonces mostrar lo que, desde mi perspectiva, define como “populares” dichas prácticas. Ahora bien, puesto que me parece *ineludible la alusión a las relaciones de trabajo en la definición de las clases sociales dentro del capitalismo*, he encontrado provechos identificar como *populares* a las clases trabajadoras. Ello exige de una justificación, misma que presento más adelante.

Mi interés por la cultura popular urbana, por su papel en la conformación del espacio urbano implica una discusión sobre el carácter productivo y reproductivo de la práctica. Se intenta realizar un balance sobre la relación de fuerzas existente entre un conjunto de relaciones sociales predominantes (las “condiciones estructurales”) y las actividades cotidianas de las clases populares. ¿Cómo adaptan los jóvenes poblanos sus intereses más inmediatos a un espacio urbano que muchas veces les resulta adverso? ¿Se trata sólo de actividades culturales reproductivas o contienen éstas cierta capacidad transformadora? El acercamiento a las actividades de los habitantes jóvenes de la ciudad busca, en este sentido,

abundar sobre las implicaciones de las prácticas populares para con el espacio urbano (y para con la “estructura social”, en general). Más adelante, dentro de este apartado teórico, se precisa conceptualmente este punto.

Obligado es, también, desarrollar nociones como espacio urbano y juventud. El lector encontrará en las páginas que siguen los apartados correspondientes. Con respecto a estos dos puntos se plantea el modo cómo el desarrollo actual de los procesos de la globalización los afecta y redefine. En este punto –como dentro de los anteriores- se tocará lo relativo a las principales características que las prácticas culturales han adquirido en nuestros días. De ahí que se haga constante referencia a nociones como desterritorialización, reterritorialización, e hibridación.

Termina, pues, el preámbulo. Presento a continuación el conjunto de conceptos y problemáticas teóricas que tomo como punto de apoyo teórico para la realización de este trabajo.

4.1 Globalización

Dentro de la diversidad de planteamientos existentes entorno a la globalización es posible hallar cierto consenso con respecto a los puntos siguientes.

a) *La reproducción de las diferentes sociedades ha trascendido en la actualidad el marco establecido por el Estado-nación moderno, lo que en cierto sentido ha ocasionado el debilitamiento de éste último y la extensión transnacional o mundial de la vida comunitaria.* Pese a compartir este mismo corolario, análisis como los de Renato Ortiz (2000) y Arjun Appadurai (2001) presentan posiciones contrapuestas. Desde la perspectiva del primero, el desarrollo de la modernidad ha sobrepasado los límites que el Estado-nación le imponía, por lo que ha ingresado dentro de una etapa de *alta modernidad* (o *modernidad-mundo*) que no es compatible con el mismo y que ha dado lugar a la globalización de la economía y a la “mundialización” de la cultura (entendiendo por esto último no la expansión unívoca de la cultura norteamericana, sino la proliferación de distintos usos o interpretaciones de bienes culturales internacionalmente compartidos). Appadurai, por su parte, sostiene que la *modernidad* misma ha sido desbordada por los procesos de globalización –lo que, desde luego, sugiere la idea de que estamos en un periodo *posmoderno*. Para este autor, la sociedad global opone a las fronteras modernas una sociedad fundada en movimientos poblacionales y en comunidades virtuales (“un nuevo tipo de mundo en el que las *diásporas* representan el

nuevo orden de las cosas y los estilos de vida sedentarios y estables son cada vez más difíciles de encontrar.” –APPADURAI, 2001: 180, énfasis añadido)⁸.

Las divergencias entre estos dos autores nos impiden trazar las oposiciones Estado-nación vs. globalización, y modernidad vs. posmodernidad como paralelas, complementarias o mutuamente correspondientes. No todos los autores aceptan la idea de que la modernidad haya terminado o, en contraparte, de que ésta continúe. Así por ejemplo, Ulrich Beck (1997) prefiere expresarse en términos de “alta modernidad” mientras que Marc Augé (1994) utiliza el vocablo “sobremodernidad” para referirse a las características de la cultura global. David Harvey (1998), en cambio, concuerda con la idea de que en la actualidad en verdad es posible caracterizar a la cultura como posmoderna, aunque considera a ésta última como una extensión o agudización de las características de la modernidad (lo que lo acerca a Augé). Frederic Jameson, por ejemplo, piensa que el posmodernismo es la lógica cultural del capitalismo tardío: Los hiperespacios y la cultura vuelta “*pastiche*” son la cultura del capitalismo multinacional, de manera que “toda posición posmoderna en el ámbito de la cultura –ya se trate de apologías o estigmatizaciones- es, también y al mismo tiempo, “*necesariamente*” una toma de postura implícita o explícitamente política sobre la naturaleza del capitalismo multinacional actual” (*Op. cit.*: 14). Para este autor, entonces, el posmodernismo es una evolución de la cultura a causa de los cambios del capitalismo que alguna vez sirvió de base el modernismo.

En resumen, no todos los autores concuerdan con la idea de Appadurai de que la modernidad es desbordada junto con el Estado-nación, aunque todos coinciden en que éste es gradualmente debilitado por la globalización..

b) *El proceso, sin precedente, de interconexión de distintas partes del mundo dentro de la globalización no ocurre sólo en relación con lo económico, sino también con lo político y cultural.* Autores como Daniel Mato (1995, 2001) y García Canclini (1999) insisten en que globalización no es sinónimo de neoliberalismo. Éste último, por ejemplo, afirma que la globalización es aprehendida en todo momento de acuerdo con los sistemas simbólicos de quienes en ella participan, de modo que la globalización es múltiple porque en todo momento

⁸ Nina Glick Schiller y Linda Basch realizan una observación crítica con respecto a este primer punto de consenso (la globalización merma al Estado-nación). A partir de un estudio realizado entre comunidades de caribeños dentro de los Estados Unidos muestran como el Estado en todo momento puede extender sus espacios de dominio hasta las comunidades de migrantes: “we think that nation states respond to transnational migration by intensified nation building projects. These projects are not able to dictate but do constrain and contribute to shaping the public identities and collective actions of transmigrants” (Nina Glick Schiller y Linda Basch “Transnational Projects of Immigrants and Ethnographers, and Cultural Politics of Nation States” Ponencia presentada en la reunión de la AAA en Diciembre de 1992 en San Francisco)

es diferencialmente conceptualizada. Mato afirma que es necesario “desfetichizar” el concepto de globalización y observarla no como un conjunto de fenómenos económicos estructurales e impersonales (el *orden económico capitalista*) sino como un conjunto de prácticas que involucran a individuos y grupos concretos, con intereses políticos y culturales específicos) Mato pasa por alto, no obstante, una cuestión muy importante: ¿Cómo explicar una etapa histórica planetaria que involucra a todos los habitantes del globo sin observar el proceso o la “estructura” en que todos están inmersos? ¿Atender sólo a sujetos concretos no es lo mismo que perderse en el dato individual y empírico? Este autor se muestra reacio a concebir la economía capitalista como un factor importante (causal) dentro de la globalización; los planteamientos de Ulrich Beck (1997), en este sentido, son esclarecedores. Una cosa es la loa al neoliberalismo económico y a su expansión planetaria (lo que dicho sociólogo incluye dentro de lo que llama la “ideología del globalismo”) y otra la cierta expansión del capitalismo y del poder empresarial mundial a costa de los Estados-nación. La percepción de ese hecho no impide a Beck reconocer que dicha expansión implica también la interconexión de distintos actores transnacionales y la aparición de problemáticas no sólo económicas (ligadas, por ejemplo, a flujos informativos, a luchas por el respeto a los derechos humanos, a la cultura, a la ecología). La globalización no es sólo economía, pero tampoco es comprensible sin el escudriñamiento de ésta última⁹.

El planteamiento de Mato es certero cuando nos invita a no mirar los actuales procesos sociales como externos a la actividad humana, pero yerra cuando, por atender a individuos aislados, pierde de vista el conjunto de relaciones dominantes en que ellos participan y que posibilitan la reproducción de la desigualdad global. El autor, por estas vías, corre el riesgo de caer en “el autismo del ciberegoísta de los sectores más promocionistas de la sociedad que esconden tras su pose neolibertaria el más absoluto descompromiso colectivo” (ALONSO, 2000: 222)

c) *El desarrollo tecnológico –en particular el concerniente a las telecomunicaciones y el transporte- y la migración constituyen los principales vehículos de las transformaciones globales.* De acuerdo con Arjun Appadurai (2001), ambos procesos globales modifican el trabajo de la imaginación cotidiana 1) al descomponer las certidumbres locales y nacionales

⁹ Por otra parte, la afirmación de Mato (1995) en el sentido de que lo nuevo de la globalización no es tanto el hecho histórico de las interconexiones planetarias –que, según este autor, han existido desde hace mucho (lo que es innegable)-, sino la conciencia global acerca de las mismas (“conciencia de la globalización”) es fuertemente cuestionada por el trabajo de Armand Mattelart, quien en *Historia de la utopía planetaria. De la ciudad profética a la sociedad global* muestra que la ideología -o el pensamiento- global o universalista ha sido una constante dentro de la cultura europea (“occidental”) al menos desde el “tropezón de Colón” –como dice Leopoldo Zea- con lo que después sería América.

que son precondition de los sistemas simbólicos nacionalistas-modernos y 2) al incentivar el desarrollo de una cultura desterritorializada. La imaginación colectiva, en este contexto, se desliga de los clásicos referentes espaciales y de las ideas cronológicas (eternidad y simultaneidad) asociadas a dichos espacios ante la posibilidad de adquirir –como dice Ulrich Beck explicando a Appadurai- “un poder único en la vida cotidiana de los hombres” (BECK, 1997: 86). La imaginación se desterritorializa y rompe con el tiempo y el espacio nacionales en pos de una cultura global. Renato Ortiz (1997, 1998), por su parte, enfatiza el hecho de que la expansión planetaria de los cambios técnicos vinculados a la comunicación ha dado lugar a una “quiebra de las fronteras” propiamente modernas y a la formación tanto de una modernidad-mundo como de culturas internacionales, como es el caso, por ejemplo, de una nueva “cultura internacional popular”.

Aunque desarrollados desde la perspectiva del transnacionalismo, es de provecho considerar en este momento los planteamientos de Michael Kearney (1994) con respecto a la migración laboral en el mundo contemporáneo. Desde el punto de vista de este autor, el transnacionalismo es un movimiento histórico que pone en cuestión, principalmente, el orden sociopolítico desarrollado por el estado-nación en tanto que producto del capitalismo. Por transnacionalidad, dice Kearney, se puede entender dos cosas. Por una parte, puede entenderse el flujo de personas, bienes, signos o símbolos a través de una frontera y de un estado-nación a otro. En segundo lugar, la noción de transnacionalismo se refiere a la conformación cultural de identidades que trascienden las restricciones impuestas por la formación de naciones. Es este segundo aspecto el que para Kearney tiene más relevancia (aunque lo concibe como intrínsecamente ligado al primero), pues se refiere a la puesta en cuestión de la fórmula cultural binaria “o esto o lo otro” del orden sociopolítico moderno. La modificación entraña, en consecuencia, la aparición de sujetos internamente diversos, múltiples o ambiguos, que dislocan el sistema clasificatorio dominante y que eliminan la noción de *individuo* (ente único, puro e indivisible) gracias a su carácter “polibio”. Los sujetos transnacionales devienen, entonces, culturalmente poderosos, pues cuestionan los cimientos simbólicos del poder representado por el binomio estado-nación / capital.

d) *La globalización está ligada al desarrollo del capitalismo, a su actual reordenamiento mundial de la producción, el trabajo y el consumo.* El rastreo de las causas del actual orden mundial lleva a distintos autores hacia el desarrollo del capitalismo (véase, por ejemplo, BECK, 1997: 41). En este sentido, Ortiz (1998: xvii) afirma que “existe una historia de este movimiento totalizante [la globalización]: tiene sus raíces en la expansión del capitalismo en

los siglos XV-XVIII, en el advenimiento de las sociedades industriales, en la modernidad del siglo XIX”. En la actualidad, desde el punto de vista de Beck (1997: 20) el empresariado mundial ha encontrado una nueva fórmula para la acumulación de la riqueza: “capitalismo sin trabajo más capitalismo sin impuestos”. Se trata de la sustitución del régimen de acumulación fordista por lo que David Harvey (1998) ha caracterizado como el régimen de “acumulación flexible de capital”, que consiste, entre otras cosas, en la fragmentación del proceso productivo en distintos puntos geográficos; en la importancia creciente del capital financiero, y en la aceleración del proceso de regeneración del capital.

En palabras de Luis Enrique Alonso:

el fenómeno de la globalización no es tanto la constitución de un solo mundo homogéneo y abierto –ni siquiera la tendencia a generar un mundo coherente con unos mercados abiertos al flujo de las riquezas internacionales, sino que debería de conceptualizarse como un cambio de los espacios y modos sociales de regulación en los que se lleva a cabo la acumulación económica, así como de los nichos institucionales en los que se asienta la actividad económica en el ámbito mundial (ALONSO, 2000: 23)

Esta es, desde mi punto de vista, una de las cuestiones más importantes a considerar al referirse a la globalización, pues trae al centro del debate la cuestión del *poder*. Estoy de acuerdo, en este sentido, con los planteamientos de Frederic Jameson (quien se apoya en el trabajo de Ernest Mandel) con respecto a la posibilidad de caracterizar como “tardío” o “avanzado” el actual periodo del capitalismo. Jameson (1991) afirma que las condiciones socioeconómicas contemporáneas no han transformado en sus aspectos medulares el orden capitalista; de ahí que, desde su punto de vista sea inadecuado hablar del orden mundial como si se tratara de una “sociedad postindustrial”, pues es difícil, en la actualidad, identificar una transformación económico-industrial de una naturaleza tal que justifique la introducción del prefijo (“*post*”). Igualmente aceptable me parece, en consecuencia, la afirmación de Jameson en el sentido de que es posible caracterizar el orden global actual como un periodo “postmoderno” de la historia contemporánea sólo en la medida en que se tenga en cuenta que el postmodernismo no constituye un orden social en sí, sino más bien la manifestación de las características que la cultura adquiere dentro del capitalismo avanzado: “toda esta cultura posmoderna, que podríamos llamar estadounidense, es la expresión interna

y superestructural de toda una nueva ola de dominación militar y económica norteamericana de dimensiones mundiales: en este sentido, como en toda la historia de las clases sociales, el trasfondo de la cultura lo constituyen la sangre, la tortura, la muerte y el horror (*Ibidem.*: 19)”,¹⁰.

En “Facing Power –Old Insights, New Questions”, Eric Wolf presenta una tipología del poder que puede ayudarnos a entender el desarrollo de éste dentro del capitalismo. Existen, desde su punto de vista, cuatro tipos de poder. El primero es el poder personal -entendido como un atributo de las personas (“the basic Nietzschean idea of power”); el segundo, es el poder que durante la interacción de los individuos puede ser movilizad para que uno imponga su voluntad sobre otros. Este tipo de poder no dice mucho acerca del contexto en que se desarrollan las interacciones. Wolf concibe un tercer tipo de poder, en cambio, “as the power that controls the settings in which people may show forth their potentialities and interact with others” (WOLF, 1990, paginación ilegible). En otras palabras, se trata del control instrumental de los medios y recursos necesarios para la acción política de los individuos. El cuarto y último tipo de poder es el que tiene la facultad no sólo de controlar los espacios donde los sujetos interactúan, sino también la capacidad de crear esos espacios y de organizar los flujos de energía a su interior. “I think that this is the kind of power that Marx addressed in speaking about the power of capital to harness and allocate labor power, and it forms the background of Michel Foucault’s notion of power as the ability ‘to structure the possible field of action of others’” (*Ibidem*). Puntualicemos que este cuarto tipo de poder tiene la capacidad de influir no sólo en la estructuración de los espacios donde los sujetos interactúan, sino también en la constitución de los sujetos mismos. El capital (y, de manera más precisa, las relaciones sociales en que se fundamenta), entonces, tiene la capacidad de ordenar los espacios de interacción entre los sujetos y, por tanto, dada su expansión global, de generar un orden social a esa misma escala.

Aquí vale la pena retomar los planteamientos arriba citados de Mato con respecto a su llamado a “desfetichizar la globalización”. El problema es complicado porque se refiere a

¹⁰ Dicho autor también escribe: “en realidad, las teorías de la posmodernidad –tanto las apologéticas como las que se atrincheran en el lenguaje de la repulsión moral y la denuncia- presentan un acusado parecido de familia con las más ambiciosas generalizaciones sociológicas que, en buena parte al mismo tiempo que ellas, anunciaron el advenimiento o la inauguración de un tipo de sociedad completamente nuevo y a menudo bautizado como “sociedad posindustrial” (Daniel Bell) [...] Dichas teorías tienen obviamente la obligación de demostrar, en su propia defensa, que la nueva formación social en cuestión ya no obedece a las leyes del capitalismo clásico, esto es, la primacía de la producción industrial y la omnipresencia de la lucha de clases. [...] (*op. cit.*: 13-14). Jameson, concluye: “lo que aquí hemos denominado espacio posmoderno (o multinacional) no es meramente una ilusión o una ideología cultural, sino que tiene una sólida realidad histórica (y socioeconómica) apoyada en esa tercer gran expansión planetaria del capitalismo“ (*ibidem*: 109)

una cuestión que trasciende la antropología y se conecta con la teoría social más general: ¿Cuándo es legítimo el paso de un enfoque en los individuos concretos hacia otro sobre las generalidades despersonalizadas de sus acciones? ¿Observar las regularidades organizacionales de la práctica es “fetichizarla” y perder de vista el componente humano? Si, por ejemplo, Ernest Mandel dice que las *leyes fundamentales* del capitalismo no se han transformado desde su aparición ¿esta concepción de un modo fetichista los últimos siglos de la historia de una parte de la sociedad europea –y, por tanto, haciendo a un lado a todas las generaciones y sujetos que dicha etapa incluye? Desde mi punto de vista, no, pues como dice Robert Heilbroner (1989) al referirse a la lógica del capitalismo “La idea de una lógica de formaciones sociales no es [...] un intento de reducir las complejidades de la historia a simples lazos causales, sobre todo económicos. Más bien, la idea sugiere que los cambios modelados por la historia no pueden ser explicados o entendidos sin referencia a la naturaleza de la formación social que da origen a características específicas de conducta y actitud (p.25)”. En el caso del capitalismo, el núcleo de su lógica es el capital, entendido no como riqueza o producción de bienes, sino como una manera específica de organizar el trabajo y la producción y reproducción de la riqueza. Dice Heilbroner:

Por tanto, el capital no es una cosa material sino un proceso que utiliza cosas materiales como momentos de su existencia continuamente dinámica. Es, además, un proceso social, no un proceso físico. El capital puede, por cierto debe, asumir forma física, pero su significado sólo puede ser entendido si advertimos estos objetos materiales como personificaciones y símbolos de una totalidad en expansión (p, 33, cursiva de Heilbroner).

La globalización como un hecho histórico vinculado a la expansión del capitalismo debe ser concebida, entonces, como la expansión de una lógica social específica (de un modo preciso de organizar el trabajo) que, recordemos lo que dice Beck, *acarrea paralelismos, consecuencias y respuestas diversas, no sólo económicas.* “Fetichizar” la globalización sería, por el contrario, pensarla como el mero encuentro de individuos, prácticas y objetos abstractos y dados, aislados del orden social e histórico en que existen y que los ha conformado.

4.2 La producción del espacio

Los planteamientos de David Harvey (1998) en torno a cómo el espacio y el tiempo son reproducidos dentro del orden contemporáneo nos servirán para realizar una de las conexiones conceptuales que debemos hacer entre la producción del espacio urbano y la problemática de la globalización. Harvey nos dice que el espacio y el tiempo no son constantes, sino que su constitución y modo de representación varía según las diferentes sociedades. Más aún, el tiempo y el espacio socialmente construidos estructuran también las prácticas de los individuos. Sobre este punto (la relación entre *práctica* y *espacio*) volveré más adelante, cuando revise la noción de cultura popular.

Quiero destacar, mientras tanto, que Harvey –apoyándose en Henri Lefebvre- afirma que el control del espacio y el tiempo constituyen una fuente importante de poder dentro de la sociedad (y en este punto su opinión coincide con la ya citada de Wolf), de ahí que la reproducción del capitalismo en todo momento requiera del dominio espacial y temporal. Si el capital es valor en movimiento, entonces el control, por parte de las grandes empresas, del espacio y del tiempo que la circulación del valor implica ha de acelerar el proceso de acumulación. “Las diferentes capacidades de movilidad geográfica para el capital y el trabajo no se han mantenido constantes a lo largo del tiempo y tampoco son uniformes para las diferentes facciones del capital o del trabajo (*Ibidem*: 269)”; en la actualidad, continúa Harvey, y debido a la crisis de acumulación ocurrida tras el agotamiento del régimen fordista, el capitalismo ha dado una vuelta de tuerca más a la “compresión espacio-temporal” -que siempre, en los momentos de crisis, busca para acelerar su reproducción- y ha acortado distancias y tiempos mediante su reorganización mundial.

En el ámbito laboral las consecuencias de estos cambios son bien conocidas: el incremento de empleos temporales y la reducción de los trabajos “de planta”; la dispersión de la producción de las multinacionales en múltiples zonas geográficas y a través de empresas secundarias, y el desmantelamiento de las organizaciones sindicales, entre otros. En el ámbito de la cultura, esta aceleración del ritmo de acumulación capitalista ha promovido el consumo y la transitoriedad de las modas mediante la rápida sustitución de las mismas; la transformación (y proliferación) de muchos servicios en fuentes de ganancias; la intensificación del uso de imágenes publicitarias como acicates del impulso al consumo; la homogeneización del espacio como aspiración de los grupos que buscan atraer a la inversión burguesa a determinados lugares, y, en la misma línea, la apropiación –superficial- de la diversidad cultural como estrategia de marketing.

La sociedad mexicana no ha sido ajena a estas transformaciones mundiales, aunque ello no significa, desde luego, que los procesos arriba enlistados pasen por alto las especificidades del desarrollo del capitalismo en México o las peculiaridades de su modernidad. El hecho de que el orden simbólico nacional nunca haya domeñado la diversidad cultural que se supone debía regular está relacionado con el modo cómo el capitalismo y la modernidad han sido experimentadas en el contexto latinoamericano.

García Canclini, por ejemplo, se refiere a cómo el encasillamiento modernista de las diferentes culturas de clase no pudo evitar el desarrollo de mezclas e hibridaciones entre los diferentes grupos culturales del país. La modernidad nacional se ha desplegado como un proyecto sobre diferentes culturas y percepciones del tiempo y del espacio, lo que ha tenido como consecuencia una realización híbrida de lo moderno

Los países latinoamericanos son actualmente resultado de la sedimentación, yuxtaposición y entrecruzamiento de tradiciones indígenas (sobre todo en las áreas mesoamericana y andina), del hispanismo colonial católico y de las acciones políticas, educativas y comunicacionales modernas. Pese a los intentos de dar a la cultura de élite un perfil moderno, recluyendo lo indígena y lo colonial en sectores populares, un mestizaje interclasista ha generado formaciones híbridas en todo los estratos sociales (GARCÍA; 1990: 71).

Las relaciones que el orden moderno/nacional ha pretendido imponer en los países latinoamericanos, se realizan, de este modo, no como un conjunto de características distintivas, sino como rasgos difusos que aparecen en distintos espacios y que descartan cualquier sentido de modernidad “pura” –de ahí que García Canclini conciba ésta, ante todo, como un proyecto.

Aunado a lo anterior, debemos recordar el carácter subordinado, dependiente e irregular del desarrollo del capitalismo mexicano. Si la modernidad ha sido una aspiración movilizadora por el capitalismo, el desarrollo histórico específico de éste dentro de nuestro país nos impide evaluar nuestra modernidad con los mismos criterios que se utilizaría para naciones como Inglaterra o los Estados Unidos. Y de igual modo ocurre con la idea de globalización, pues la inserción de muchos mexicanos dentro de ésta ocurre como un ingreso desde la pobreza, la dependencia tecnológica y la necesidad de trabajo en las nuevas reglas del orden social dominante y no desde el turismo o el cosmopolitismo recreativo. Como lo recuerda García

Canclini, es necesario “diferenciar quiénes se benefician con el ensanchamiento de los mercados, quienes pueden participar en él desde las economías y culturas periféricas y cuántos quedan descolgados de los circuitos globales (1999:32)”

Vale la pena, en este sentido, tener en cuenta el hecho del que Naomi Klein (2002) da cuenta en *No logo*: si las multinacionales se desarrollan ahora como capital financiero y manejo de marketing en los países desarrollados, es porque sus formas de organizar el trabajo (en particular, el relativo a la producción) se han reconfigurado de manera quizá más cruenta y voraz dentro de los países subdesarrollados, y México, está de este lado de la ecuación. ¿Cómo participa la ciudad capitalista mexicana -y sus habitantes- dentro de la vuelta de tuerca espacio-temporal del capitalismo avanzado? Ya hemos esbozado una respuesta a esta pregunta en la presentación de nuestro marco empírico de investigación, la ciudad de Puebla.

4.3 Las culturas populares como culturas de clase

De acuerdo con Peter Burke, la idea de “la cultura popular” apareció entre las elites europeas dentro de los procesos de construcción del nacionalismo. “La cuestión del pueblo, de la cultura popular –dice Geneviève Bollème, por su parte-, es casi siempre un discurso pronunciado sobre el pueblo, para el pueblo, hacia él, por personas instruidas” (BOLLEME, 1990: 66). La invocación al pueblo como legitimador del orden político que en distintas partes de Europa y América se construía durante el siglo XIX, ligó la idea de lo popular a la de lo tradicional. La noción de cultura popular fue incorporada a la realidad nacional moderna con ese mismo sentido.

García Canclini, no obstante, nos muestra en *Culturas Híbridas* cómo en la actualidad, el desarrollo tecnológico y la constante mezcla de bienes culturales originados al interior de diferentes clases sociales ha dado lugar a la relativa dilución de las fronteras culturales entre las culturas de clase *tal y como éstas fueron establecidas por la modernidad latinoamericana*¹¹. Así, desde su perspectiva es ahora imposible hablar de la cultura popular como si se tratara de un conjunto específico de prácticas y “motivos o temas populares” – como dice Gilberto Giménez- ajenos o anteriores al capitalismo, pues lo que históricamente fue designado como lo popular está ahora ya mezclado con lo mediático y con la cultura de las elites. Ante la interpretación que ve en este planteamiento de García Canclini la

¹¹ José Manuel Valenzuela comparte esta opinión al escribir que “la identidad del mexicano ha dejado de ser una política de Estado para permitir el libre flujo de la construcción simbólica, desarticulando las categorías nacionalistas...” (1998a: 10). No creo, desde luego, que estemos ante el “libre flujo de la construcción simbólica”, aunque sí, ante importantes cambios en su producción y circulación.

sugerencia de que las culturas de clase han desaparecido¹², este autor, matizando ligeramente sus planteamientos, precisa en su nueva introducción a *Culturas populares en el capitalismo* que la noción de culturas populares *todavía nos sirve para abordar* el hecho de que la globalización no implica la desaparición de las desigualdades en el ámbito local ni la “desigual masividad de los intercambios simbólicos” (GARCÍA: 2002).

Para Chandra Mukerji y Michael Schudson (1986) la noción de cultura popular ha posibilitado tanto a historiadores como a antropólogos y sociólogos un acercamiento a la cultura de los grupos ajenos a las elites, a la vez que ha alentado el desarrollo de un conjunto de estrategias de investigación tanto interpretativas como explicativas. El punto de arranque ha sido la posibilidad de conocer como se reproduce la sociedad y la cultura en las actividades de las personas comunes.

¿Pero qué designa la noción de cultura popular? Comencemos por aclarar que algunos autores –como el mismo García Canclini- prefieren utilizar el término en plural. Esto se debe a que, a diferencia de como fue formulada en un principio, la noción actual de lo popular no hace alusión a ninguna cualidad o esencia del “pueblo” sino *a las distintas prácticas culturales* de los miembros de las clases trabajadoras. Si las clases trabajadoras no son homogéneas y llevan a cabo distintos tipos de prácticas culturales, entonces, lo más adecuado es describir la cultura de estas clases en plural.

Utilizo la expresión “clases trabajadoras” no como una traducción literal de su equivalente en inglés, que, según entiendo, se refiere únicamente a la clase obrera. El adjetivo “trabajadoras” me permite hacer alusión a aquellos grupos cuya participación, en nuestra sociedad capitalista, dentro de la unidad -y oposición- reproductiva *capital-trabajo* está más directamente relacionada con el segundo término¹³. Desarrollemos un poco más esta cuestión.

¹² Gilberto Giménez, por ejemplo, escribe a propósito “[...] hay en toda esta argumentación una enorme falacia que confunde la apropiación de motivos o temas populares con la hibridación canceladora de fronteras culturales; y que supone, erróneamente, que lo culto y lo popular se definen por su contenido, y no por el código o la sintaxis que los hace funcionar, como quería Gramsci, o por la posición sociocultural de los actores o colectividades que le sirven de soporte, como quería Cirese.” (“Introducción. Cultura, identidad y discurso popular” en Andrew Roth y José Lameiras *El verbo popular*. El Colegio de Michoacán, Zamora, 1995. p. 14)

¹³ Sin duda, este es un planteamiento que exige de matices, pues implica el riesgo de que una posición dentro de las relaciones de trabajo que caracterizan a la sociedad capitalista sea convertida en una “esencia” cultural y política de los grupos que ocupan dicha posición. Las advertencias de Bourdieu en el sentido de que toda clase social es una clase “en el papel” apuntan, precisamente, en ese sentido, pues las clases sociales son delimitadas en el análisis “estructural” de la sociedad, y no tanto a través de la autodefinición consciente de éstas. El planteamiento que aquí presento, como se verá más adelante, *no pretende reducir la conformación cultural y política* de las clases a un simple producto -automático e inevitable- de las relaciones de trabajo. En cuanto a las “clases medias”, que muchas veces pueden depender enteramente de su fuerza de trabajo para reproducirse (como en el caso de los white collars o de los burócratas), sólo puedo apuntar, por el momento (sin pretender

Ciertamente, el término de “clase” en sí mismo implica dificultades teóricas que impiden hacer un uso irreflexivo del mismo. La noción marxista de “clase social” como el resultado de la posición que los individuos ocupan en las relaciones económicas que conforman los modos de producción ha sido fuertemente criticada dentro del “neomarxismo” por autores como Pierre Bourdieu (1991) y Edward P. Thompson (1984, 1989). Para el primero, la clase social se conforma teóricamente por el conjunto de posiciones homólogas que los agentes ocupan dentro de distintos ámbitos (“campos”) de la vida social. Las clases existen no como grupos objetivamente definidos por el orden económico, sino como los conjuntos de agentes que resultan de la similar ubicación de éstos dentro de diferentes campos jerarquizados (por ejemplo: el trabajo, el arte, la educación o el deporte). Para Thompson, las clases sociales no pueden ser reducidas a una mera fórmula económica, pues la clase social es, ante todo, un hecho histórico concreto que resulta de la confrontación cultural y política entre grupos de intereses opuestos. La clase sólo puede aparecer si existe, como condición política y cultural de su desarrollo, la *conciencia de clase* en tanto catalizador de la acción política y de la autodefinición ante un grupo antagónico.

Pero, atención: las reservas anteriores no conducen a estos autores a negar la importancia del trabajo en la definición de las clases, y, en particular, de las clases populares. Así, por ejemplo, en *La distinción*, Bourdieu apunta que para comprender correctamente las disposiciones y gustos de las clases dominadas:

... habría que preguntarse si la valorización popular de la *fuerza física* como dimensión de la virilidad y de todo lo que la produce y la sostiene, como los alimentos y las bebidas “fuertes”, tanto en su sustancia como en su sabor, o los trabajos y ejercicios que requieren fuerza, no mantiene una relación inteligible con *el hecho de que la clase campesina y la clase obrera tengan en común el depender de una fuerza de trabajo que las leyes de la reproducción cultural y del mercado de trabajo reducen, más que para ninguna otra clase, a la fuerza muscular; sin olvidar el hecho de que una clase que, como la clase obrera, sólo es rica en su fuerza de trabajo no puede oponer nada frente a las otras clases, fuera de la suspensión de esa fuerza, que no sea su fuerza de combate, que depende de la fuerza y de la energía*

agotar el punto), que su función dentro del binomio capital-trabajo es la de un engranaje que facilita la integración productiva de los dos elementos de la ecuación, y que ello las ubica en una situación diferente a la de la mayoría de las clases trabajadoras. Desde luego, de dicha posición tampoco se desprende una cultura específica ni un modo único de comportamiento político. *Una ubicación dentro de las relaciones de trabajo no se traduce en un tipo cultural único ni en una esencia política.*

física de sus miembros y también de su número, es decir, de su conciencia y de su solidaridad o, si se prefiere, de la conciencia de su solidaridad. (1991: 391-392 las segundas cursivas son mías)

Las clases populares, entonces, dada su condición subordinada, expresan de manera clara la importancia que tienen las condiciones materiales de existencia y las relaciones laborales en la conformación de las clases¹⁴. *Empero, considerar a las clases sociales como resultado de la organización social del trabajo, no significa reducirlas a su dimensión económica, pues el establecimiento de diferentes relaciones sociales de producción conlleva la movilización de la cultura, o, en palabras de Bourdieu: “La clase social no se define sólo por una posición en las relaciones de producción, sino también por el *habitus* de clase que ‘normalmente’ (es decir, con una fuerte probabilidad estadística), se encuentra asociado a esta posición” (Ibidem: 379).* Esto es, la cultura toma parte activa en la organización del trabajo. De ahí, por ejemplo, que para E. P. Thompson la conciencia de clase de las clases populares dentro de la Inglaterra de los siglos XVIII y XIX, abreve de la tradición artesanal anterior:

La formación de la clase obrera es un hecho de historia política y cultural tanto como económica. No nació por generación espontánea del sistema fabril. [...] Las relaciones de producción cambiantes y las condiciones de trabajo de la Revolución industrial fueron impuestas no sobre una materia prima, sino sobre el inglés libre por nacimiento; un inglés libre por nacimiento tal y como Paine lo había legado o los metodistas lo habían moldeado. Y el obrero fabril o el calcetero era también heredero de Bunyan, de derechos locales no olvidados, de nociones de igualdad ante la ley, de tradiciones artesanales (THOMPSON; 1989: 203)

Definir las clases populares contemporáneas con respecto a su posición dentro del binomio capital/trabajo, sugiere, entonces, que se trata de los grupos que dependen, principalmente, de su fuerza de trabajo para reproducirse dentro del orden socio-económico dominante, pero de ello no se desprende que dichos grupos sean conformados exclusivamente por dicha relación. Así, este modo de abordar el asunto no concibe como irrelevantes los aspectos no-

¹⁴ Asimismo, respecto al peso de lo económico en la vida social Bourdieu escribe en *Outline of a Theory of Practice*: “Without ever being totally co-ordinated, since they are the product of ‘causal series’ characterized by different structural durations, the dispositions and the situations which combine synchronically to constitute a determinate conjuncture are never wholly independent, since they are engendered by the objective structures, that is, in the last analysis, by the economic bases of the social formation in question (p.83)

económicos de la vida social, pues los considera como parte activa en la conformación del orden social general. Como dice Martín-Barbero (2002: 128) , ni la economía es exterior a los procesos simbólicos, ni “hay infraestructura o economía que escape a la dinámica significativa”.

Todo esto apunta hacia una valoración del trabajo como hecho cultural y no sólo como hecho económico. Si asumimos que el trabajo es la activación física de los sistemas simbólicos, que es el significado actuando mediante la energía corporal transformadora, entonces integramos a la conformación de las clases el elemento cultural que está ausente –y que no puede desprenderse sólo- de la fórmula capital-trabajo. O dicho de mejor manera, vemos ahora al trabajo como un hecho cuya complejidad trasciende a la misma fórmula en la que participa, y esa trascendencia se la da su carga cultural.

Interesado en dar cuenta de la pertinencia de la noción de clase social dentro del estudio de la cultura, Douglas E. Foley (1990) plantea que la oposición entre los estudios de clase (como centrados en lo económico) y los estudios de estatus (como centrados en la cultura) es un equívoco de la sociología burguesa decimonónica, que no percibió la complementariedad entre los estudios de Weber y Marx en tanto ambos daban cuenta de las clases sociales como producto tanto de la posición de los individuos en la producción como de sus patrones de consumo¹⁵. Aunque emitir un juicio taxativo sobre la visión de Foley con respecto a la sociología de Marx y Weber requeriría de un extenso trabajo bibliográfico que aquí no puedo realizar, considero inobjetable el planteamiento de que las clases sociales se reproducen tanto en la producción como en el consumo, tanto en el ámbito de lo material como en el de lo simbólico.

Aunque desde una perspectiva diferente, Floya Anthias desarrolla este mismo punto (ANTHIAS; 2001) al apuntar que es falsa la idea de que mientras las estratificaciones de clase se refieren exclusivamente a lo económico y material, las de género y etnicidad hacen alusión exclusiva al ámbito de lo simbólico. Para este autor, tanto lo material como lo simbólico se movilizan en estos tres espacios ontológicos relacionales (relational ontological spaces): el de la producción y reproducción de la vida económica (la clase); el de la perpetuación de las diferencias sexuales y reproductivas (el género) y el de la producción de vínculos comunitarios y solidarios (la etnicidad)

¹⁵ “Since, however, mainline sociology perceived its primary task as refuting the Marxist view of classes, a false dichotomy was constructed between cultural status groups and economic classes. Consequently, the bourgeois concept of class cultures was divorced from any view of classes as part of the production system Douglas Foley *Learning Deep in the Capitalist Heart of Tejas Culture*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1990, p. 169-170.

La visión de lo popular como culturas de clase nos permite hacer a un lado dos visiones opuestas, pero igualmente ahistóricas y esencialistas de la cultura de las clases populares. La primera, que incluye pensadores tanto conservadores como progresistas, ve en la cultura popular un hecho simple y sencillamente negativo, ya sea con respecto a su relación con la cultura de las elites (se habla, desde este punto de vista, de la “cultura de masas”) o con respecto a la propia liberación de las clases explotadas (se piensa, en este sentido, en el hombre enajenado o dominado). La segunda visión que podemos desechar al percibir las culturas populares como históricas y relacionales, es la que concibe la cultura del pueblo como una fuente natural de rebeldía y cambio revolucionario. Las relaciones políticas entre las clases son históricas y el mantenimiento o la atenuación del conflicto entre éstas no depende de ninguna esencia de lo popular, sino de cómo se modifique lo que Edward P. Thompson llama, para el caso de la Inglaterra del siglo XVIII, el “campo de fuerzas societal” que generan “las polaridades dialécticas *-antagonismos y reconciliaciones-* entre culturas refinadas y plebeyas” (THOMPSON; 1984: 225).

Las culturas populares, entonces, son las prácticas culturales que distinguen a las clases trabajadoras, que, en este sentido, son clases populares. Desde esta perspectiva, escribe Jorge Alejandro González Sánchez,

lo popular adquiere un sentido plenamente clasista, relacional e histórico y nos proporciona una aproximación operativa y no sólo normativa al estudio de nuestra tema. La ruptura que se opera es pues triple. Contra los románticos: lo popular no es una esencia, sino un hecho social. Contra los eruditos: lo popular no se comprende como una sustancia, sino como un hecho *relacional e históricamente* producido. Contra los populistas: lo popular no se define por su origen, sino por su *uso y refuncionalización*. A partir de estas rupturas, es mejor hablar de culturas populares (en plural) (GONZÁLEZ, 1983: 18-19)

Un par de conceptos importantes dentro del estudio de la cultura popular son los de *circulación* y *apropiación* de bienes culturales. El primero se refiere al hecho de que una práctica o “bien cultural” puede llevarse a cabo o ser utilizado al interior de una cultura de clase diferente de la que le dio origen; el segundo alude al hecho de que al integrarse dentro de una nueva cultura de clase dichos “bienes” o prácticas son resemantizados y “encuadrados” dentro del grupo receptor. Esta continua circulación de cultura entre las clases

sociales es lo que seguramente lleva a Chandra Mukerji y Michael Schudson a afirmar que “The resulting field of popular culture does not have distinct borders (1986: 47)”. Si se percibe a la cultura popular como un conjunto de rasgos específicos (como por ejemplo, un modo de vestir) será en todo momento imposible determinar sus “límites”, pues las relaciones entre las clases movilizan continuamente la cultura de un grupo a otro.

En este sentido, Jesús Martín-Barbero considera que en nuestros días podemos distinguir entre “lo popular como memoria de otra economía, tanto política como simbólica, [...] La que emerge de las prácticas que tienen lugar en las plazas de mercado campesino y aun urbano de Latinoamérica, en los cementerios, en las fiestas de pueblo y de barrio”; y lo “popular-masivo”, que implica a) el control de las masas por parte de mecanismos mediáticos homogeneizadores y b) la mediación histórica de lo popular “porque no sólo los contenidos y las expresiones populares, sino también las expectativas y los sistemas de valoración, el ‘gusto’ popular, están siendo moldeados por lo masivo de manera que, como ha dicho Dufrenne, ‘es en esa cultura en la que hoy las masas invierten deseo y de la que extraen placer” (MARTÍN-BARBERO, 2002: 118-120)¹⁶.

De este modo, la noción de “cultura popular” (o *las culturas populares*) engloba, para los fines de este trabajo, las distintas prácticas culturales llevadas a cabo por las clases trabajadoras y no hace alusión a ninguna característica esencial o ahistórica de las mismas. Es decir, no se prejuzga acerca de los contenidos y rasgos de lo popular, pues se tiene presente, en todo momento, “su naturaleza procesal” y se insiste en que lo popular “está siendo constantemente reelaborado y ‘leído”” (JOSEPH, 2002: 46) Se entiende la noción de cultura popular, entonces, como un concepto ligado al de clase y se considera a ésta última como un producto tanto de las relaciones de trabajo como de las relaciones culturales que existen dentro de la sociedad. Pensamos, de este modo, en la cultura popular poblana como en la cultura que día a día reproducen los distintos integrantes de las clases trabajadoras dentro de la ciudad.

4.3.1 *Cultura popular, práctica y espacio*

Abordemos ahora lo relativo a la relación entre clases sociales, practica y reproducción del espacio.

¹⁶ Páginas más adelante, en el mismo texto citado (p. 128) Martín-Barbero precisa que es imposible “seguir identificando lo masivo con lo que pasa en los medios, ya que en lo masivo toma cuerpo un nuevo paradigma cultural que desborda los medios obligándolos a referir el sentido de éstos, fuera de ellos mismos, a los mediadores, a los modelos culturales, y por supuesto a los contextos –religiosos, escolar, familiar, etc.- desde los que, o en contraste con los cuales, viven los grupos y los individuos esa cultura.

En *La cuestión urbana*, Castells plantea que, desde la perspectiva marxista, la reproducción contemporánea del espacio debe ser enfocada en términos de cómo los componentes económicos, políticos e ideológicos del modo de producción capitalista configuran una estructura espacial específica. Lo económico despliega espacios ligados a la producción, el intercambio y el consumo de bienes; lo político genera una estructura espacial institucional que asegura el poder y regula las contradicciones, lo simbólico dota de sentido al espacio con la finalidad de legitimar el orden existente y de favorecer la comunicación y el reconocimiento entre los sujetos. Para Castells, no es posible aproximarse a la reproducción del espacio a partir de los valores y la mera actividad individuales, pues ello supondría “un análisis puramente voluntarista del espacio, incapaz de integrar las adquisiciones de la tradición ecológica, para la cual el espacio se relaciona con las condiciones materiales de producción y de existencia de cada sociedad” (CASTELLS, 1977: 150). En consecuencia con estos planteamientos, el espacio urbano de las sociedades capitalistas avanzadas es caracterizado como el producto espacial de la reproducción de la fuerza de trabajo, como la contraparte reproductiva de los espacios industriales productivos.

Aunque el pensamiento de Castells ha evolucionado modificando estos planteamientos iniciales (véase NIVÓN; 1998: 37-39), me interesa detenerme en un punto que se desprende de los mismos. ¿Cómo podemos aproximarnos a las actividades concretas de los individuos sin abstraerlas de la “estructura” en que están enmarcadas, pero sin perder de vista tampoco su poder tanto reproductivo como productivo? ¿Cómo acercarse a la práctica urbana sin caer en el voluntarismo que Castells denuncia? ¿O es que el orden socioeconómico del que la ciudad es producto se impone a los individuos por encima, e independientemente, de sus actividades concretas?

Revisemos la noción de *habitus* de Pierre Bourdieu, quien define a éste como el “principio unificador y generador de las prácticas”, es decir, como la “forma incorporada de la condición de clase y de los condicionamientos que esta condición impone” (un conjunto de “disposiciones homogéneas”, originadas por “condiciones homogéneas” y que generan “prácticas semejantes”) (BOURDIEU; 1991: 99, 100). El *habitus* reproduce en las maneras, percepciones, usos, y disposiciones de los agentes sus condiciones sociales de existencia, en este sentido, se trata de una instancia que vincula las actividades individuales a la “estructura social”. Para Bourdieu, la transformación de actividades y bienes diversos en elementos constitutivos de las culturas de clase está determinada por su integración al *habitus*, que permite la “traducción” en -y desde- el ámbito del modo de vida, de las condiciones sociales

de existencia. La noción de *habitus*, en este sentido, nos permite aproximarnos a las acciones concretas de los individuos sin concebirlas como producto de la mera espontaneidad individual, sino como actividades humanas socialmente generadas.

Dentro de este modelo, el espacio habitado se conforma –en particular dentro de las culturas iletradas- como uno de los principales medios de objetivación del *habitus* y de inculcación y reforzamiento del mismo. Los lugares y objetos, su disposición y valor jerárquico hablan acerca de los otros y dan significado a las actividades que los individuos realizan y las adaptan a un conjunto de condiciones específicas (“the mental structures which construct the world of objects are constructed in the practice of a world of objects constructed according to the same structures” -BOURDIEU;1977: 91). El cuerpo, en este sentido, mediante desplazamientos, posturas y contactos, deviene el principal lector del texto espacial a interiorizar y reproducir.

Si, entonces, el *habitus* tiene la facultad de propiciar la reproducción de las condiciones sociales que le dieron origen, vale la pena preguntarse, entonces, qué lugar puede asignarse a éste dentro de la tipología del poder planteada por Wolf (véase *supra*). En *Outline of a Theory of Practice* Bourdieu utiliza el término “*estrategia*” para dar cuenta de las acciones temporales que los agentes realizan y que pueden introducir transformaciones no sólo en la experiencia de la práctica, sino también en la práctica misma y en su desarrollo más probable “even in cases in which the agents’ habitus are perfectly harmonized and the interlocking of actions and reactions is totally predictable *from outside*” (BOURDIEU, 1977: 9).

Uno de los objetivos de este autor es terminar con la discusión entre las teorías que explican la vida social mediante la alusión a la iniciativa individual (“finalismo”) y las que, por el contrario, privilegian determinantes estructurales (“mecanicismo”). Ambas perspectivas, afirma Bourdieu, constituyen, en ese orden, los dos primeros momentos del conocimiento científico. El concepto de *habitus* permite el ingreso a un tercero que logra la mediación entre ambas y, de ese modo, las supera, pues permite aprehender el doble proceso –definidor de la práctica- de incorporación de lo externo y de exteriorización de lo interno. Empero, el optimismo de Bourdieu no es compartido por otros autores.

Dentro del trabajo de este autor -apunta Michel De Certeau (1996)- la noción de *habitus* tiene un sentido más bien reproductivo (“mecanicista” en el vocabulario del propio Bourdieu). No se asigna –al menos de manera clara- a dicha noción la posibilidad de referirse al cambio social. Jeffrey Alexander coincide en esta crítica pues desde su punto de vista “el *habitus* ata firmemente a los actores al mundo social; no les permite generalizar *vis-à-vis* ese

mundo social” (ALEXANDER, 2001: 61). Para Arnaud Tmes, Bourdieu “a voulu penser la liberté, mais à partir d’un homme doublement contraint (c’est le ‘*double bind*’ de Bourdieu) d’une part par le monde social dans lequel il s’inscrit, d’autre part par les *hexis* corporelles contractées. De là une anthropologie bancal, que tantôt donne l’initiative à l’homme et tantôt la donne à l’espace social, sans qu’il y ait la mondre dialectique” (TOMES, 1997: 44).

La perspectiva de De Certeau -para quien “el *habitus* se convierte en un lugar dogmático” (De CERTEAU, 1996: 67)- presenta una visión diferente. Este historiador, nos dice Harvey “Trata los espacios sociales como si estuvieran más abiertos a la creatividad y a la acción del hombre. [...] Los espacios específicos de la ciudad surgen de millones de acciones que llevan el sello del designio humano” (HARVEY, 1998: 238-239). Para este historiador francés, a la producción de la cultura dominante se enfrenta en todo momento “otra producción, calificada de ‘consumo’, furtiva y que “no se señala con productos propios sino en las *maneras de emplear* los productos impuestos por el orden económico dominante.(De CERTEAU, 1996: xliii).

De Certeau intenta generar un planteamiento alternativo a las perspectivas de Foucault y de Bourdieu. Desde su punto de vista, a la acción racional e instrumental del poder se opone siempre la actividad creativa, anónima y dispersa de las masas. Así, contrapone a los cálculos “especializados” y ordenadores de los poderosos (“estrategias”), las actividades temporales, no espaciales y relativamente subversivas de las culturas populares (“tácticas”). De Certeau propone el término *mètis* –que retoma del trabajo del antropólogo Marcel Detienne- para referirse a la “forma de inteligencia” que actúa en el “momento oportuno” y que, en el menor tiempo, descarga todo el conocimiento que conforma la memoria de los individuos y logra la metamorfosis de las situaciones. La *mètis* actúa, de este modo, como la contraparte del *habitus* al posibilitar, a manera de una jugada, el cambio en la relación de fuerzas existente entre el individuo y las condiciones impuestas (*Ibidem*: 90-99).

En este mismo orden de ideas, De Certeau distingue entre *lugares* y *espacios*. El primero es la disposición del orden y de la clasificación; el lugar es estable y controlable (todo tiene su sitio). El *espacio*, por el contrario, incluye la variable del tiempo y del movimiento, es el “lugar practicado”. Si en el espacio impera el orden de los objetos, en el lugar predomina la acción de sujetos históricos, “de los héroes transgresores de fronteras, los cuales, culpables de haber atentado contra la ley del lugar, propician la restauración de ésta con sus propias tumbas; o bien, al contrario, el despertar de los objetos inertes que al salir de su estabilidad, transforman el lugar donde yacen en la naturaleza de su propio espacio” (*Ibidem*: 130)

¿Rompe De Certeau con la visión voluntarista de la práctica? Sin duda, la posición presentada por este autor se ubica, dentro de la oposición, planteada por Bourdieu, entre finalismo y mecanicismo, muy cerca del primer término (De Certeau, desde luego, afirma que su propuesta “no implica un retorno a los individuos” – *Ibidem*: xli). No es necesario, por lo pronto, emitir un juicio al respecto, simplemente constatemos que los conceptos desarrollados por este historiador pueden ser de utilidad para la temática que abordaremos. Sin duda, la correcta valoración de su propuesta se realizará con el avance de la investigación.

Pero recordemos el punto medular de esta discusión: ¿Pueden, entonces, la práctica cotidiana y la experiencia actuar como fuerzas estructuradoras dentro de la ciudad capitalista? Rogelio Marcial (1996) sugiere una respuesta al apuntar que existe una relación dialéctica entre la producción del espacio urbano y sus habitantes, lo que implica que éstos últimos constantemente aceptan y modifican, construyen o deconstruyen “espacios, servicios, ambientes y territorios” (p.,17)

Antes de terminar este apartado vale la pena hacer la siguiente precisión con respecto a los planteamientos de Pierre Bourdieu. La noción de espacio social que este autor desarrolla en *La Distinción* no tiene un sentido, digamos, “empírico”. Cuando Bourdieu habla del espacio social no se refiere al espacio físico al que, por ejemplo, bien podrían aludir los planteamientos de Harvey con respecto a la comprensión espacio-temporal realizada por el capitalismo tardío. No se trata tampoco de un modo de considerar el espacio físico “en su dimensión simbólica”. La noción *espacio social* sirve a Bourdieu, más bien, para representar la sociedad en tanto conjunto de capitales económicos y culturales diferencialmente distribuidos entre las clases sociales que ellos mismos conforman. Se trata de una metáfora visual que dicho autor utiliza para presentar su percepción de la sociedad, y no de una mera alusión al espacio en un sentido más geográfico o tangible. En consecuencia, su noción de *habitus* no se refiere tampoco a la reproducción del espacio “fáctico” de existencia, sino a la reproducción de la sociedad.

Es posible, no obstante, utilizar dichos conceptos (el de *habitus* y el de *espacio social*) dentro de este estudio sobre la relación entre espacio urbano y cultura de clase. De lo que se trata es solamente de no confundir los conceptos con que se discute, pues si bien es cierto que la reproducción del espacio urbano está ligada a la reproducción de la sociedad y de las clases sociales –del *espacio social*–, ello no significa que ambos procesos sean lo mismo.

4.4 Culturas juveniles

“La juventud” como hecho social es una categoría cultural clasificatoria que sirve a las culturas que la utilizan para “periodizar” el desarrollo vital de sus integrantes. Se trata de un concepto históricamente situado que toma sentido y contenido sólo dentro de sociedades específicas (la juventud no es, por tanto, un hecho universal). Aunque en términos muy simples puede decirse que, *dentro de nuestra cultura*, la juventud se concibe como la etapa de vida que inicia con la maduración fisiológica y reproductiva (véase VALENZUELA; 1988: 21), lo cierto es que el contenido específico de dicho periodo y sus límites precisos varía dentro de los distintos grupos que conforman nuestra sociedad, pues lo juvenil es socialmente construido. La caracterización de un individuo como joven se realiza también, dentro de nuestra cultura, con respecto su relación con ciertas instituciones sociales –la escuela o el matrimonio, por ejemplo (lo que, dicho sea de paso, identifica a los individuos que se encuentran en posiciones similares como miembros de su misma generación). Esto no significa, sin embargo, que para todos los grupos sean igualmente importantes las mismas instituciones, pues, como Rosana Reguillo lo ha escrito “en ninguna parte del mundo la juventud representa un bloque homogéneo que pueda hoy día hacerse caber en un conjunto de categorías fijas” (REGUILLO; 1998: 58)

En este sentido, de acuerdo con José Manuel Valenzuela, la juventud es una representación social que moviliza disputas entre, por una parte, quienes promueven una idea específica de la juventud como la única válida y, por otra, quienes tienen sus propias percepciones de lo que es ser joven y no aceptan la clasificación impuesta. Este autor enfatiza, asimismo, el hecho de que no es posible comprender la cultura de los grupos llamados juveniles sin tener en cuenta la condición de clase de los sujetos implicados. *Ser joven* se experimenta de distintas maneras dentro una misma sociedad. Así, por ejemplo, la idea de la “moratoria social” (véase MARGULIS y URRESTI, 1998: 5) como una condición distintiva del ser joven se aplica, dentro de nuestra sociedad, sólo a un conjunto específico de la población, pues sugiere la existencia de un periodo de “preparación” por el que pasan los jóvenes después de que experimentan los principales cambios físicos y hasta están ya listos para incorporarse al mundo laboral adulto. La juventud, dentro de las clases populares, no es experimentada, desde luego, de este modo, pues si algo distingue a la experiencia temprana dentro de las mismas es la pronta incorporación al trabajo y la rápida adopción de responsabilidades familiares.

Por otra parte, puesto que en la actualidad la juventud es uno de los grupos poblacionales más importantes (cuantitativamente) de México, su influencia dentro de la configuración de la sociedad mexicana contemporánea es indudable. De ahí que gran parte de la producción de las macro-industrias culturales está dirigida hacia estos sectores. La estrategia de acercamiento hacia la diversidad juvenil ha sido orquestada –al igual que en otras partes del mundo- por lo que la periodista Naomi Klein (2001) llama el “marketing de la identidad”. Se trata, en pocas palabras, del intento de atraer al joven consumidor mediante la apropiación de sus diferentes símbolos de identidad. Se busca, de este modo, estimular la compra de mercancías y servicios mediante la “manipulación” de las nociones vigentes de lo que significa ser joven.

La diversidad juvenil, sin embargo, no es del todo compatible con los intereses del mercado, de manera que algunos aspectos de las identidades o, de plano, algunas identidades en sí resultan “proscritas” (véase VALENZUELA; 1998). Este es el caso de muchos de los grupos juveniles populares, a los que la cultura dominante califica como vagos o “malvivientes”. Estos grupos desarrollan, por su parte, respuestas diversas que les permiten adaptarse a (o resistir contra) este orden social adverso.

4.4.1 *Culturas juveniles, espacio urbano y globalización*

José Manuel Valenzuela (1998a) considera, siguiendo lo planteado por García Canclini en *Culturas híbridas*, que, dentro de nuestro país, las culturas juveniles contemporáneas no permanecen indemnes ante los procesos de desterritorialización, reterritorialización y multilocación que caracterizan el desarrollo de la cultura contemporánea. Considera, al igual que Jesús Martín-Barbero, que las industrias culturales permiten, a los distintos grupos de la sociedad, el acceso a diferentes modos de vida, lo que hace posible que la representación identitaria de los grupos sociales (para nuestro caso, de los grupos de jóvenes) incluya la mezcla de múltiples referentes desconectados de sus contextos originales (desterritorializados) y adaptados a la cultura y el espacio receptores (reterritorializados). La presencia de estos procesos de “multilocación” y el acceso mediático a la pluralidad de referentes simbólicos que implica, lleva a Valenzuela a plantear la existencia actual de *a*) identidades juveniles genéricas (conformadas por la identificación con imaginarios desterritorializados) y de *b*) identidades cotidianas (constituidas por las experiencias juveniles menos mediáticas y más concretas -la vida barrial, el trabajo). De este modo, se presenta un argumento que da cuenta tanto de la estrecha conexión actual entre cultura

juvenil y desarrollo mediático como del desarrollo de la identidad en relación con otros aspectos de la experiencia.

En este mismo sentido, Jesús Martín-Barbero (1991) -para el caso latinoamericano- caracteriza la cultura urbana contemporánea como compuesta por tres procesos fundamentales: oralidad secundaria, hibridación y desterritorialización. El término de oralidad secundaria -que retoma del norteamericano Walter Ong- se refiere, a diferencia de lo que comúnmente se entiende por cultura oral, a “una oralidad gramaticalizada” por las modernas tecnologías comunicativas; a la conjunción de memoria cultural y mediatización. La modernidad a la que acceden los jóvenes habitantes de la urbe, de este modo, se aleja de las aspiraciones de la cultura letrada y “se la salta” para entrar por el lado del consumo cultural a lo moderno.

Por *hibridación cultural*, Martín-Barbero se refiere al proceso, señalado por García Canclini, de disipación de las fronteras culturales clásicamente modernas; en particular, las que, *desde una perspectiva esencialista*, dividen la cultura en *popular, de masas, y de elites*. La cultura contemporánea, gracias, principalmente, al desarrollo de las tecnologías comunicativas y a la expansión del mercado, se ha vuelto un conjunto de conformaciones híbridas. Con el término desterritorialización, Martín-Barbero se refiere tanto a los procesos migratorios -que colocan en un sitio a personas oriundas de diferentes partes- como a la aparición de culturas “internacionales” (lo que nos recuerda la idea de Ortiz de una cultura internacional popular; y la noción de “identidades genéricas” de Valenzuela), y a la existencia de procesos de desurbanización (en el sentido de fragmentación de la experiencia urbana y de fin de la ciudad como espacio de cultura compartida, esto es, como espacio accesible a todos sus habitantes). En este sentido, Martín-Barbero considera que esta cultura híbrida y desterritorializada favorece el reforzamiento de las divisiones sociales pues alienta una “separación cada día más tajante entre una oferta cultural de información para la toma de decisiones, reservada a una minoría, y una oferta cultural hecha de espectáculos [...] destinada a las mayorías” (MARTÍN-BARBERO; 2002: 148-149)

Pese al énfasis de estos autores en la cultura alentada por los medios, este proyecto busca también rastrear las prácticas que constituyen la “identidad cotidiana” a que se refiere Valenzuela. De ahí que se tenga en cuenta la posibilidad de que -retomando la jerga de Marc Augé- dentro de una ciudad sacudida por la veloz “sobremodernidad” existan “lugares

antropológicos” en los que la identidad, la solidaridad y la historia común conformen la cultura de los individuos¹⁷.

¹⁷ ¿Son los lugares antropológicos hechos del pasado o pueden surgir dentro de la “sobremodernidad”? A mi juicio, el concepto, según se comprende en la formulación que de él hace Augé, no implica una ubicación temporal precisa para la existencia de los lugares antropológicos, sino más bien, un conjunto de características distintivas (historia en común, identidad grupal, relaciones de cohesión social). (Marc Augé *Los “No Lugares” Espacios del Anonimato. Una Antropología de la Sobremodernidad*; Gedisa, Barcelona, 1994.

NOTA FINAL

El lector conoce ahora los conceptos teóricos con que desarrollaré mi investigación sobre las culturas populares juveniles de la ciudad de Puebla. Asimismo, está ya familiarizado con el conjunto de conocimientos históricos –nunca suficientes y siempre por completar, desde luego- a partir de los que intentaré comprender y explicar la conformación actual de dichas culturas. No está de más, en este momento, realizar algunas aclaraciones.

En primer lugar, me gustaría precisar que -como quizá podría pensarse a partir de lo arriba expuesto- no concibo a la ciudad como un sistema cerrado o autárquico. Estoy consciente no sólo de la importancia de sus conexiones en el ámbito regional y de sus vínculos con el orden nacional mayor, sino también de que distintas partes de la ciudad se relacionan de distintas maneras con esas dimensiones (véase NIVÓN: 2000). Creo, sin embargo, que es posible –al menos en el caso de la ciudad de Puebla- abordar la ciudad dirigiendo más la atención a los procesos internos que la configuran. Y pienso también que un estudio de los componentes, digamos, “internos” de la ciudad no necesariamente implica su concepción como una orden social cerrado, pues muy cierto es que los mismos aspectos internos que uno analiza pueden ser las manifestaciones locales de procesos externos (lo importante es no perder de vista ese hecho).

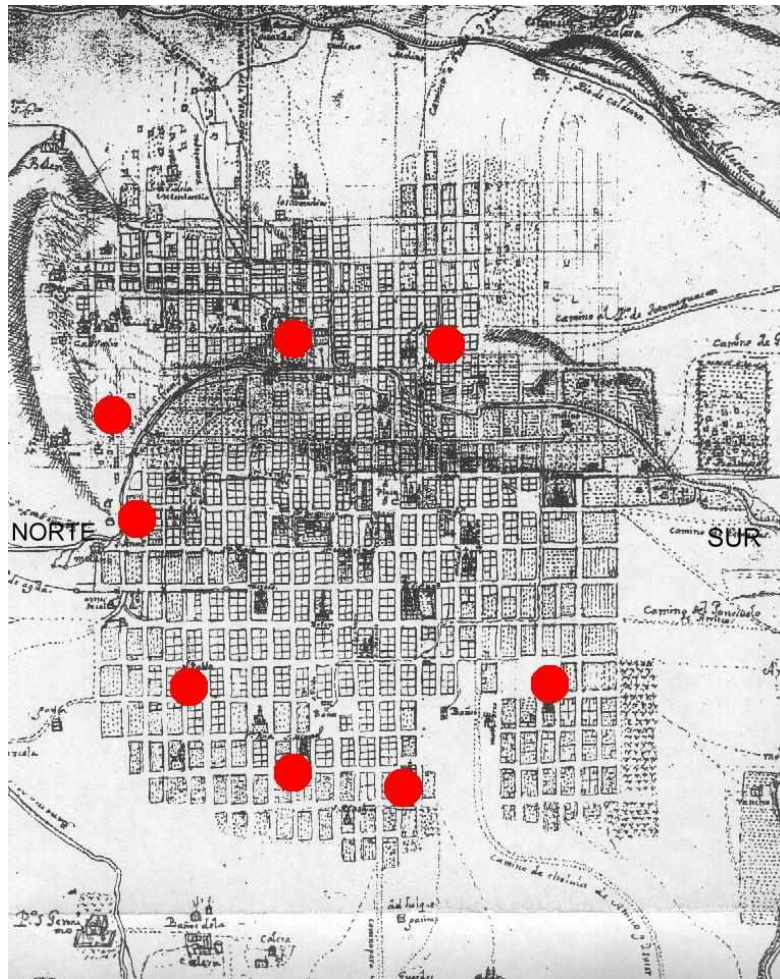
Por otra parte, tengo bien claro que no se pueden resumir tantos siglos de historia en unas cuantas páginas. Ese no ha sido mi objetivo, ni mucho menos. Más bien, sólo he tratado de delinear los aspectos de la historia poblana que, a mi juicio, están más relacionados con el problema que investigaré. Por lo demás, no considero que esa parte de la investigación ya haya sido concluida.

En cuanto al marco empírico de la investigación debo aclarar que, en un principio -por simple conveniencia práctica y sin que existiera una razón ineludible para hacerlo así-, había yo decidido llevar a cabo el trabajo etnográfico de esta investigación dentro de algunas de las colonias populares aparecidas a partir de la década de los setentas. Pensaba, en particular, en algunas unidades habitacionales creadas por el INFONAVIT (“La Rosa” -1973-, “Obreros independientes” -1975-, “La margarita” -1978-, “Loma Bella” -1978-, “Bosques de San Sebastián II” -1980-, y “San Bartolo” -1985-)¹⁸. Creo ahora que esa no será la estrategia más

¹⁸ Una buena razón para justificar la elección de éstas es no sólo el hecho de que se trata de unidades habitacionales aparecidas durante un periodo de rápida expansión de la ciudad, sino también el que estos conglomerados habitacionales fueron creados para obreros vinculados a las industrias establecidas en la ciudad durante el mismo periodo. Esto no significa que *todos* sus habitantes sean obreros, sino que estamos hablando, en términos generales, de espacios desarrollados principalmente por y para las clases populares.

adecuada, y, al igual que como lo hice con mi trabajo de licenciatura (que versó sobre el movimiento sonidero en la misma ciudad) trataré de delimitar los contextos específicos de estudio según como los mismos fenómenos culturales me lo indiquen. De este modo, las colonias referidas sólo serán puntos de arranque.

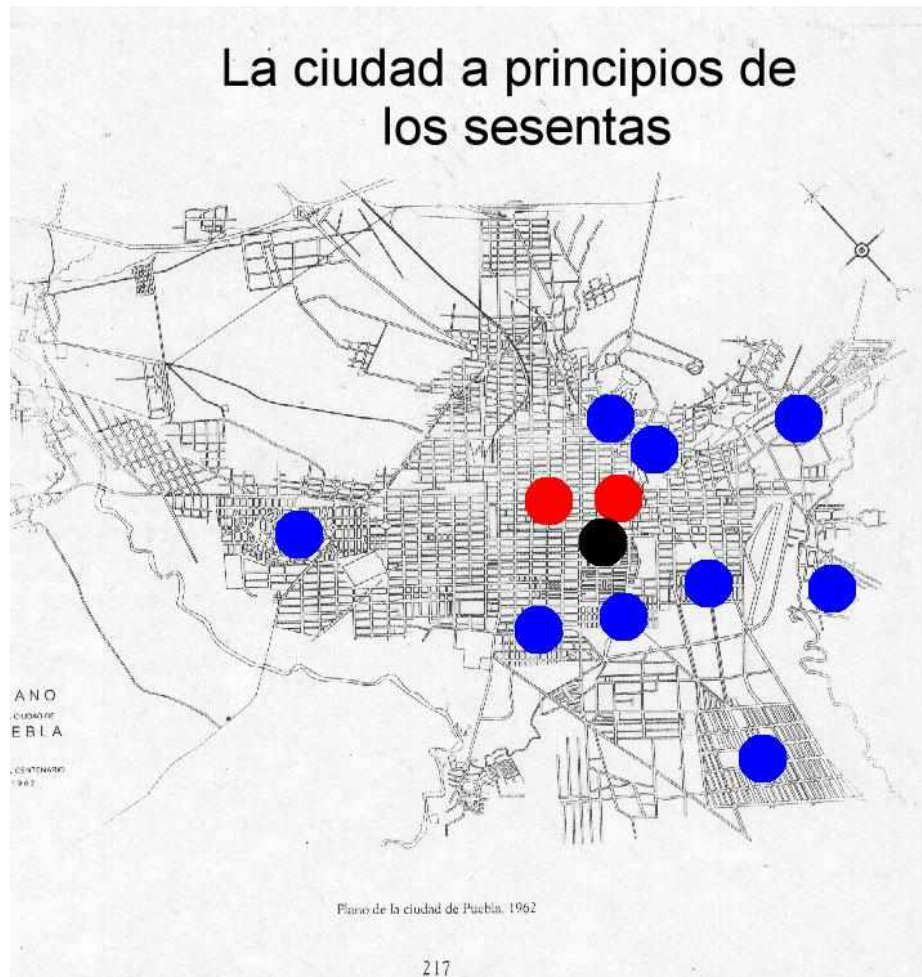
Figura 1



La ciudad colonial (plano de 1698 retomado de VILADEVALL; 2001)

● Los barrios indígenas

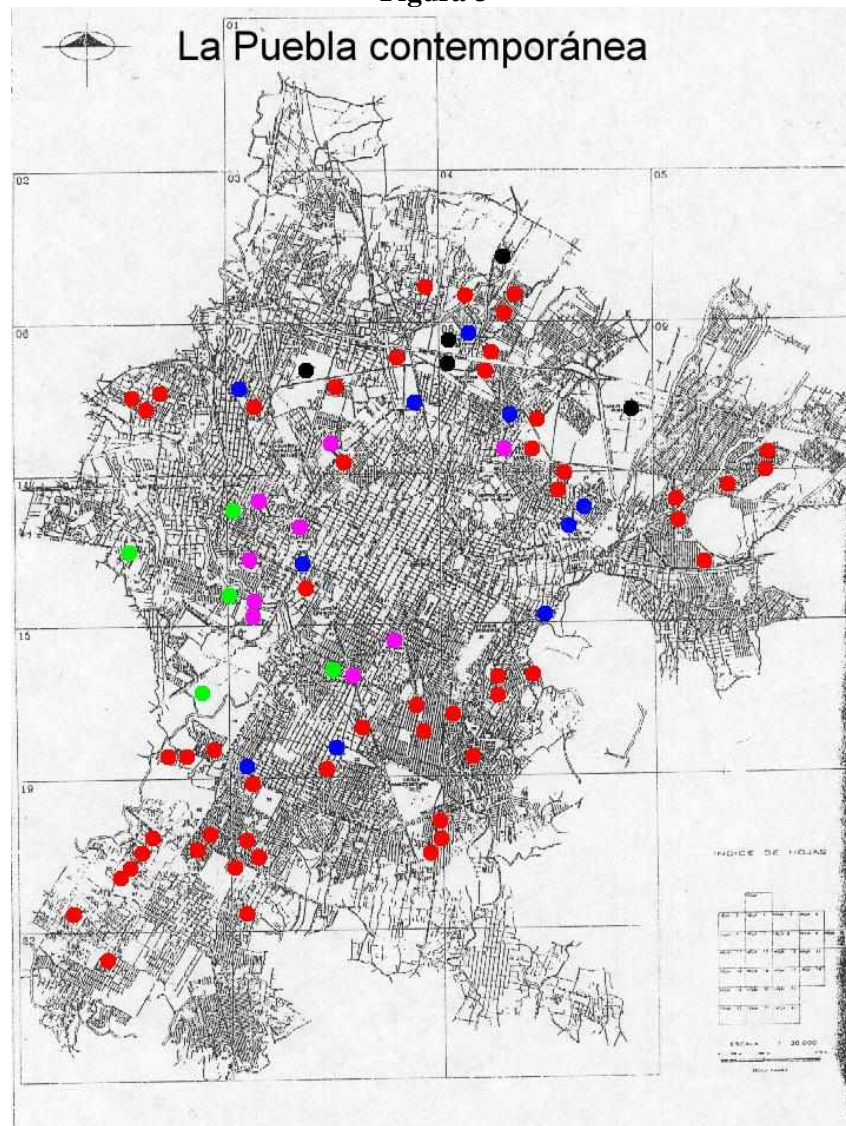
Figura 2



La huida elitista del centro histórico (plano tomado de MONTERO; 2002)

- Algunos de los fraccionamientos aparecidos en el siglo XX
- Cuadrantes noreste y noroeste del centro histórico. Zonas en que hasta los ochentas abundarían las vecindades
- Zócalo

Figura 3



Puebla en el 2003 (plano del INEGI)

- Unidades habitacionales construidas por el INFONAVIT y por otras instancias públicas
- Los nuevos centros comerciales
- Ubicación de las principales universidades privadas dentro de la ciudad
- Zonas fabriles
- Mercados populares

6
BIBLIOGRAFÍA

- ALEXANDER, Jeffrey “La subjetivación de la fuerza objetiva: el *habitus*” Rev. *Iztapalapa*, Año 21, enero-junio del 2001.
- ALONSO, Luis Enrique *Trabajo y posmodernidad: el empleo débil*, Editorial Fundamentos, Madrid 2000
- ANTHIAS, Floya “The material and the symbolic in theorizing social stratification: issues of gender, ethnicity and class” en *British Journal of Sociology*, Vol. No. 52; 3, September 2001.
- APPADURAI, Arjun, *La modernidad desbordada*, FCE, México, 2001.
- ARAGÓN Durand, Fernando y Javier Camas Reyes *La geografía municipal de Puebla*.; Programa interdisciplinario de desarrollo sustentable y medio ambiente, UIA, Puebla, 1997
- AUGÉ, Marc *Los “No Lugares” Espacios del Anonimato. Una Antropología de la Sobremodernidad*; Gedisa, Barcelona, 1994.
- BARBOSA Cano, Manlio, “Puebla y su zona metropolitana en el proceso de megalopolización del centro del país”, en revista *Crítica*, núm. 28, UAP, 1984
- “Puebla, ciudad de ángeles y demonios”, en revista *Crítica*, núm. 37, UAP, 1988
- *El crecimiento industrial del estado de Puebla. Caracteres económicos e implicaciones sociales en cien años de industrialización*; INAH, Colección Científica, México, 1993.
- “Sexoservidores en Puebla: pilares de la noche vana”, en revista *In-tolerancia*, 06-02-2000a
- “Sexoservidores en Puebla: pilares de la noche vana (segunda y última parte)”, en revista *In-tolerancia*, 20-02-2000b
- BECK, Ulrich, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*, Paidós, Barcelona, 1997.
- BOLLEME, Geneviève *El Pueblo por escrito. Significados culturales de lo popular*; Los Noventa, CONACULTA-GRIJALBO; México, 1990.
- BOURDIEU, Pierre *La Distinción. Criterio y bases sociales del gusto*; Taurus; Madrid, 1991.
- *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge University Press, Cambridge, 1977.
- BURKE, Peter *La cultura popular en la Europa moderna*. Alianza Universidad, Madrid, 1991.

CABRERA Becerra, Virginia *Políticas regionales y configuración espacial de la región Puebla-Tlaxcala*; UNAM-BUAP, Puebla, 1994.

CASTELLS, Manuel *La cuestión urbana*, Siglo XXI, México, 1977.

CHURCHILL Conner, Nancy “Hacer cultura, hacer lugar: la lucha para el espacio social, en el barrio de Analco, Puebla”, en Mireia Viladevall i Guasch (coord.) *Ciudad, patrimonio y gestión*, BUAP, Puebla, 2001.

CUNILL Grau, Pedro “Cambios en la conformación espacial urbana. Concentración de paisajes metropolitanos. Megalópolis en gestación. Nuevas capitalidades. Ocaso de centros históricos e irrupción de la subintegración”, en *Las transformaciones del espacio geohistórico latinoamericano, 1930-1990*”, El colegio de México / Fideicomiso Historia de las Américas / FCE, México, 1995

DAVIS, Mike *City of Quartz. Excavating the Future in Los Angeles*, Vitage Books, New York, 1992

DE CERTAU, Michael *La invención de lo Cotidiano. I Artes de Hacer*; Universidad Iberoamericana, México, 1996.

DE LAS RIVAS, José Luis “El espacio urbano de la Puebla de Zaragoza. Su origen polinuclear y su cuadrícula como rutina” en Mireia Viladevall i Guasch (coord.) *Ciudad, patrimonio y gestión*, BUAP, Puebla, 2001.

ESTRADA, Rosalina “Espacios cuidados, segregados y prohibidos en la ciudad de Puebla en las tres primeras décadas del siglo XX”, en Mireia Viladevall i Guasch (coord.) *Ciudad, patrimonio y gestión*, BUAP, Puebla, 2001.

FOLEY, Douglas *Learning Deep in the Capitalist Heart of Tejas Culture*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1990

GARCÍA Canclini, Néstor *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*; GRIJALBO, México 1990.

----- *La globalización imaginada*, Paidós, México, 1999

----- “Introducción a la edición de 2002” en *Culturas populares en el capitalismo*, Grijalbo, México, 2002

GIMÉNEZ, Gilberto “Introducción. Cultura, identidad y discurso popular” en Andrew Roth y José Lameiras *El verbo popular*. El Colegio de Michoacán, Zamora, 1995.

GLICK Schiller, Nina y Linda Basch “Transnational Projects of Immigrants and Ethnographers, and Cultural Politics of Nation States” Ponencia presentada en la reunión de la AAA en Diciembre de 1992 en San Francisco.

GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Jorge Alejandro “Cultura(s) popular(es) hoy”, en *Comunicación y cultura*, no. 10, agosto de 1983.

HARVEY, David *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural.* Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1998.

HEILBRONER, Robert *Naturaleza y lógica del capitalismo;* Siglo XXI, México, 1989

INEGI *Cuaderno estadístico municipal. Puebla,* estado de Puebla, Edición 2001.

JAMESON, Frederic *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado,* Ed. Paidós; Barcelona, 1991.

JOSEPH M., Gilbert y Daniel Nugent “Cultura popular y formación del estado en el México revolucionario”, en Gilbert M. Joseph y Daniel Nuegent (comps.) *Aspectos cotidianos de la formación del Estado,* Era, México, 2002

KEARNEY, Michael “Transnationalism: From Hypen-nation and Profanation to Transnation” documento preparado como un avance para los participantes en el symposium no. 117 “Transnationalism, Nation-State Building and Culture” Motel Mijas, Mijas, España, 1994.

KLEIN, Naomi *No logo. El poder de las marcas,* Paidós, Barcelona, 2001.

LOMELÍ Vanegas, Leonardo *Breve historia de Puebla,* Fideicomiso Historia de las Américas-COLMEX, FCE, México, 2001

MARCIAL, Rogelio *Desde la esquina se domina;* El Colegio de Jalisco, Zapopan, Jalisco, 1996.

MARGULLIS, Mario y Marcelo Urresti “La construcción social de la condición de juventud”, en Humberto J. Cubides *et. al* (ed.) *Viviendo a Toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidad.* Siglo del Hombre Editores- Universidad Centra, Santafé de Bogotá, 1998.

MARÍN, Fausto *Puebla de los Ángeles. Orígenes, gobierno y división racial,* Departamento de Investigaciones Arquitectónicas y Urbanísticas /Instituto de Ciencias /BUAP, Puebla, 1989.

MARROQUÍN, Enrique *Las vecindades en Puebla;* BUAP-ICUAP, Puebla, 1985.

MARTÍN-BARBERO, Jesús “Dinámicas urbanas de la cultura” en *Gaceta de Colcultura.* no. 12, Diciembre de 1991

----- *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura,* FCE, Santiago, Chile, 2002

MATO, Daniel *Crítica de la modernidad. Globalización y construcción de identidades en América latina y el caribe;* Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1995.

----- “Desfetichizar la globalización: basta de reduccionismos, apologías y demonizaciones, mostrar la complejidad y las prácticas de los actores” en Daniel Mato

(comp.) *Estudios sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización 2* UNESCO-IESACC-CLACSO, Caracas, 2001.

MATTELART, Armand *Historia de la Utopía Planetaria. De la ciudad profética a la sociedad global*, Paidós, Barcelona, 2000.

MELÉ, Patrice “Crecimiento urbano, ilegalidad y poderes locales en la ciudad de Puebla”, en revista *Estudios demográficos y urbanos 11*, vol. 4, núm. 2, mayo-agosto, COLMEX, 1989

----- *Puebla: Urbanización y políticas urbanas*; BUAP-UAM, Puebla, 1994.

MÉNDEZ, Eloy *La conformación de la ciudad de Puebla*, UAP, Puebla, 1987.

MILIÁN Ávila, Guadalupe María *La modernidad sistémica. La desconcentración comercial en la ciudad de Puebla*. BUAP-UNAM, Puebla, 1994.

MONSIVÁIS, Carlos “Los de Atrás se Quedarán (1) (Notas sobre Cultura y Sociedad de Masas en los Setentas)” en *Nexos*, no. 26, Febrero de 1980

MONTERO Pantoja, Carlos *Colonias de Puebla*, BUAP-ICSH-MUSEO AMPARO, Puebla, 2002

MUKERJI, Chandra y Michel Schudson “Popular Culture” en *Annual Review of Sociology*, 1986, 12

NIVÓN Bolán, Eduardo *Cultura urbana y movimientos sociales*, UAM-DGCP, México, 1998.

----- “Conexiones urbanas: cultura, metrópolis, globalización”, en *Rev. Sociológica*, Enero-Abril 2000, año 15, núm. 42.

ORTIZ, Renato, *Mundialización y cultura*, Buenos Aires, Alianza, 1997.

----- *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*. Convenio Andrés Bello, Santafé de Bogotá, 1998

----- “La modernidad- mundo. Nuevos referentes para la construcción de las identidades colectivas” en <<http://innovarium.com/CulturaPopular/mundo.nun>>, Venezuela, Innovarium, 2000.

PADILLA Galicia, Sergio, “Espacio urbano” en *Anuario de estudios urbanos*; núm. 3, UAM-Azcapotzalco, 1996

PATIÑO Tovar, Elsa *El pasado en el presente. Pobreza, centro histórico y ciudad*. BUAP-RNIU; Puebla, 2002

REGUILLO, Rosana *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*, ITESO-UIA, Jalisco, 1996

----- “El año dos mil, ética, política y estéticas: imaginarios, adscripciones y prácticas juveniles. Caso mexicano” en Humberto J. Cubides *et. al* (ed.) *Viviendo a Toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Siglo del Hombre Editores- Universidad Centra, Santafé de Bogotá, 1998.

ROMERO, José Luis “Las ciudades masificadas”, en *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, México, 1976.

SALAZAR Exaire, Celia “Violencia y espacio urbano. La ciudad de Puebla de los Ángeles, época colonial”, en Mireia Viladevall i Guasch (coord.) *Ciudad, patrimonio y gestión*, BUAP, Puebla, 2001.

SOTELO Méndez, Humberto 1972-73, *Puebla de los demonios*; Gobierno del estado de Puebla /BUAP /CAHU, Puebla, 2002.

THOMPSON, E.P. “La sociedad inglesa del siglo XVIII ¿Lucha de clases sin clases?, en *Tradición, revuelta y conciencia de clase*; Crítica; Barcelona, 1984.

----- *La formación de la clase obrera en Inglaterra* T I; Crítica, Barcelona, 1989

TOMES, Arnaud, “Pour une anthropologie concrète: Sartre contre Bourdieu” en *Les Temps Modernes*, año 53, noviembre-diciembre, 1997, no. 596

VALENZUELA, José Manuel *A la brava ése. Cholos, punks, chavos banda*. El Colegio de la Frontera Norte; Tijuana, 1988

----- “Identidades juveniles”, en Humberto J. Cubides *et. al* (ed.) *Viviendo a Toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Siglo del Hombre Editores- Universidad Centra, Santafé de Bogotá, 1998.

----- “Las producciones culturales y el consumo cultural” en Jaime Arturo Padilla Herrera *La construcción de lo juvenil*. Reunión Nacional de Investigadores sobre Juventud 1996. CAUSA JOVEN-CIESV, México, 1998^a.

VILADEVALL i Guasch, Mireya *Puebla, el zócalo y otros espacios comerciales: una aproximación al espacio público*, Tesis de maestría, BUAP, 2001

WOLF, Eric “Distinguished Lecture: Facing Power –Old Insights, New Questions”, ensayo presentado como Ponencia Magistral en el 88º encuentro anual de la Asociación Americana de Antropología el 19 de Noviembre de 1989 en Washington D.C., en *American Anthropologist* 1990, vol. 92: 586-596.